

R E V I S T A

BCV

BANCO CENTRAL DE VENEZUELA

Biblioteca  
del Pensamiento  
Económico

Arturo

Uslar Pietri

*Pasión de Venezuela*

Suplemento de la **Revista BCV**. Vol. XX. N°2. Caracas, julio-diciembre 2006



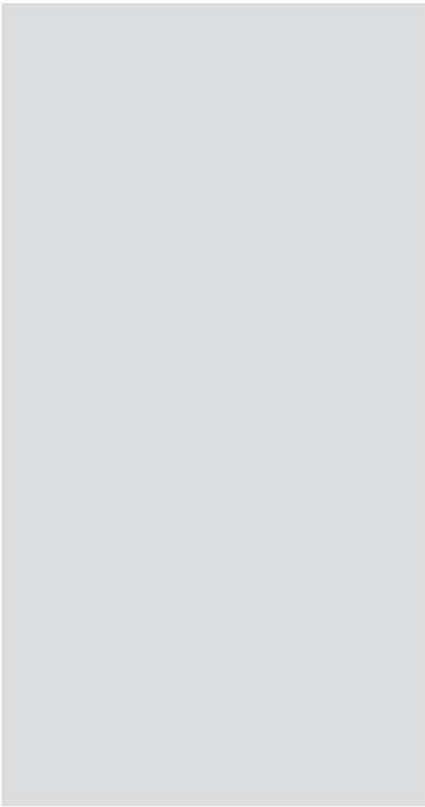


Biblioteca del Pensamiento Económico

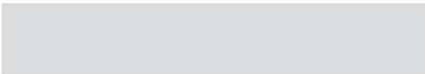
# *Uslar Pietri*

---

***Arturo Uslar Pietri, pasión de Venezuela***



Suplemento de la Revista BCV • Vol. XX. N° 2. Caracas, julio-diciembre 2006



---

Revista BCV  
Biblioteca del Pensamiento Económico  
Arturo Uslar Pietri, pasión de Venezuela  
ISSN: 0005-4720

---

1. Uslar Pietri, Arturo  
2. Pensamiento económico  
3. Economía - Venezuela

© Banco Central de Venezuela, 2006  
Esta publicación es un suplemento  
de la Revista BCV, vol. XX, n° 2, julio-diciembre 2006  
Hecho el depósito de Ley  
Depósito Legal: lf35220053303881  
ISBN: 980-394003-1

---

Dirección: Banco Central de Venezuela,  
Edificio Sede, piso 3, Av. Urdaneta,  
Esquina de Las Carmelitas, Caracas 1010  
Dirección postal: Apartado 2017,  
Carmelitas, Caracas 1010, Venezuela  
Teléfono: (58-212) 801 5380  
Fax: (58-212) 861 0021  
boropeza@bcv.org.ve  
www.bcv.org.ve  
RIF: G-20000110-0

---

Producción editorial: Departamento de Publicaciones BCV  
Diseño de carátula: Luis Giraldo  
Diseño de la tripa: Ingard Gherembeck  
Diagramación: Elena Roosen  
Corrección: María Enriqueta Gallegos  
Impresión: ??????????  
Tiraje: 1.000 ejemplares



# Índice

|   |    |
|---|----|
| Introducción<br>José Moreno Colmenares  | 9  |
| Arturo Uslar Pietri,<br>pasión de Venezuela   |    |
| Hoy   | 19 |
| Sembrar el petróleo   | 21 |
| Discurso del Ministro de Hacienda   | 25 |
| Palabras pronunciadas<br>en la instalación de la Escuela Libre<br>de Ciencias Económicas y Sociales | 29 |
| Discurso de incorporación a la Academia<br>de Ciencias Políticas y Sociales                         | 33 |
| Una oración académica<br>sobre el rescate del pasado  | 55 |
| El petróleo y la inestabilidad  | 69 |
| De una a otra Venezuela   | 73 |
| Los bolívares de hielo  | 77 |
| La nación fingida   | 81 |
| La era del parásito feliz   | 87 |
| Una larga jornada   | 91 |
| Clasificación de la obra económica<br>de Arturo Uslar Pietri  | 93 |
| Otra bibliografía   | 99 |



# Introducción



---

## Introducción

**Moreno C.**  
**José Moreno Colmenares\***

### Arturo Uslar Pietri (1906-2002)

Hacer una semblanza de Arturo Uslar Pietri y el juicio crítico de la obra de esta personalidad caraqueña, puede resultar muy fácil por cuanto son abundantes las noticias y referencias al respecto, pero también puede resultar difícil si se quiere aportar novedades y visiones originales, dado que aparentemente todo está dicho sobre él y su legado intelectual. Si se escoge la primera opción, se está condenado a repetir las apreciaciones expuestas en la infinita bibliografía aparecida hasta ahora y que se ha multiplicado con motivo de los homenajes que le han rendido en la ocasión de cumplirse el centenario de su nacimiento.

La condición de humanista que fue conformando a lo largo de su vida, su dilatada presencia temporal y sus muchas actividades dan pie al estudio del hombre, del escritor, del político, del servidor público, del académico, del universitario, del comunicador social y de tantas otras facetas que adornaron sus vivencias ciudadanas. La longevidad le permitió conocer, actuar y analizar las distintas Venezuelas que se perfilaron en el siglo XX y en los albores del XXI. En este sentido fue un hombre siglo. La versatilidad de Uslar le hizo incursionar en las más diversas esferas laborales siempre exitosamente. Se puede mencionar a guisa de ejemplo algunas de las ocupaciones polares que asumió y que se extendieron desde el desempeño como personal creativo en publicidad hasta funcionario público de alto nivel o desde escritor hasta activista y dirigente político.

La mente organizada y disciplinada que lo caracterizó, unida a su comportamiento existencial siempre regido por el esfuerzo cotidiano, la persistencia y el

\* Economista. Director de la Revista BCV.

ansia de conocimiento, le facilitaron una vida pública ejemplar, que le ganó el respeto de sus conciudadanos y obligó alguna vez al desagravio por parte de quienes, obnubilados por la circunstancia política, intentaron vejarle y humillarle en un episodio de violencia a raíz del derrocamiento del Gobierno del general Isaías Medina Angarita.

Uslar demostró con su trayectoria ser un hombre probo, ecuánime y constructivo que vivió al país con indoblegable abnegación. Se ha preferido en esta presentación, otorgarle la palabra al doctor Uslar para que sea su propio entendimiento, plasmado en las conversaciones que sostuvo con el periodista Alfredo Peña, el hacedor de la semblanza que antecede a la selección de textos de su autoría que hoy se publican en el suplemento Biblioteca del Pensamiento Económico de la Revista BCV.

### Infancia y pubertad

“Vengo de una vieja familia venezolana; muchos de mis parientes son y han sido gente muy rica, pertenecí a la rama pobre ... Mi padre fue un modesto funcionario, un típico venezolano de su época...” (Peña, p. 13).

Empezaré linealmente: nací en Caracas, en una pequeña casa que quedaba ... de Romualda a Manduca 102, el 16 de mayo de 1906. Mi primera educación se hizo aquí en Caracas ... La primera escuela a que yo asistí fue una escuela de señoritas; había una señorita vieja que me enseñó a deletrear y a leer como se hacía entonces. Esto fue a los siete años de edad. Después, entré a un colegio que tenían los padres franceses y ahí estuve más o menos hasta 1913. Luego mi padre fue designado para un cargo en Aragua, y estuvimos un tiempo en Cagua donde estudié en una escuela pública. Más tarde mi padre pasó a Maracay hacia 1915... allí estuve viviendo (salvo un tiempo que pasé en el colegio de los Salesianos, en Valencia) hasta 1920 o 1921, año en que nos residenciamos en los Teques... Allí terminé mi bachillerato... (Peña, pp. 11-12).

### El Maracay de J.V. Gómez

El General Gómez frecuentaba lugares públicos y, como yo era amigo de sus hijos, muchas veces él se acercaba al grupo de muchachos y hablaba con nosotros. Una vez tropecé con él en una calle de Maracay. Fue como a las dos de la tarde. Pasaba por la acera de la casa del General Gómez, iba leyendo la lección, apurado, con la cabeza metida en el libro, de repente sentí que tropezaba con alguien y levanté la cabeza: era el General Gómez, que caminaba solo, con un policía detrás de él... ¡me quedé plantado! Y él se rió... me preguntó ¿para dónde vas tú? Para la escuela, General. ‘Muy bien, estudia mucho’ (Peña, pp. 25-26).

## Juventud

... en 1923 vine a Caracas, a la Universidad, a cursar mis estudios de Derecho... terminé en 1929 y me fui a Francia, donde estuve en la Delegación de Venezuela, en París, hasta 1934. Regresé a Venezuela y me quedé aquí, ininterrumpidamente hasta 1945, cuando ocurrió la Revolución de Octubre, y salí desterrado para los Estados Unidos... (Peña, p. 12).

## Exilio

[...] Allí viví hasta 1950. Tuve la ocasión, para mí muy útil y satisfactoria, de ser llamado por la Universidad de Columbia:... daba cursos de literatura, cultura y civilización. A partir de 1950, me quedé definitivamente en Caracas salvo esta salida que he hecho desde 1975, a París, ciudad donde había vivido antes (Peña, p. 13).

## El primer trabajo

...siendo muy muchacho –tenía catorce años– convencí a mi padre para que me regalara una máquina de escribir usada. Sólo, con la ayuda de un ‘método práctico’ aprendí a teclear. Luego hablé con el gerente del Hotel Maracay... y le propuse copiarle a máquina los menús del hotel...aceptó y me ‘contrató’ por un sueldo de diez bolívars semanales... fue mi primer trabajo (Peña, p. 24).

## Otros trabajos

[...] siendo estudiante de Derecho fui escribiente de Tribunal de Primera Instancia en lo Civil del Distrito Federal, que era, también, una manera de hacer la pasantía que exigía la Universidad... Yo, a pesar de esa conseja de que soy ‘agente de la oligarquía’, no acudí a ningún escritorio de famosos abogados: durante los años que estudié en la Universidad Central... estuve de escribiente devengando 120 bolívars mensuales. Recibido de abogado, no llegué a ejercer porque me fui inmediatamente, con un cargo diplomático, a París (Peña, p. 24).

En la administración pública tuve una carrera muy rápida y espectacular. En 1936 me llamó Alberto Adriani para que colaborara con él en el Ministerio de Hacienda, y para que lo ayudara a publicar una revista especializada sobre finanzas públicas... al poco tiempo el doctor Gil Borges me llamó al Ministerio del Exterior... me nombraron Director de Información... a los 4 o 5 meses me designaron Director de Política Económica del Ministerio de Relaciones Exteriores... a los 7 u 8 meses me nombraron Director de lo que era el IAN de entonces, el Instituto de Inmigración y Colonización; eso fue en el año 38, tenía 32 años.

Más tarde se presentó la crisis de gabinete... Fui nombrado Ministro [de Educación] en julio de 1939; tenía 33 años. Luego vino el General Medina, que me nombró Secretario de la Presidencia de la República... a comienzos del 45... [fui trasladado] al Ministerio de Relaciones Exteriores. Estuve al frente de esa cartera hasta el 18 de octubre, en que caí preso y posteriormente... desterrado de Venezuela... (Peña, pp. 29-30).

### "Soy un burgués"

Una vez, en plena campaña, [1963] una estudiante, me dijo: 'Mire, doctor, soy partidaria suya, aquí estoy reunida con unos compañeros que me dicen que usted es un burgués... Le dije: Ellos tienen razón, soy un burgués, ¿usted cree que soy un obrero? No lo soy... no les falta razón a sus amigos... [pero]... no había otro que pudiera entrar en los cerros de Caracas. Era todavía la época de la guerrilla. En cambio, yo me paseaba desde La Charneca hasta el 23 de Enero (Peña, p. 32).

### El proceso democrático

El proceso democrático de este siglo arranca —si somos verídicos, justos y equilibrados— el año 36...con los inmensos cambios que produjeron los gobiernos de López y Medina... Se da, por primera vez en Venezuela, realmente una libertad de prensa irrestricta... se aprobó una legislación del trabajo... se crearon los sindicatos y los embriones de partidos políticos, el Banco Central de Venezuela... el Seguro Social Obligatorio... el Impuesto Sobre la Renta... el voto de las mujeres... se asimiló los hijos naturales a los hijos legítimos en el Código Civil... la Reforma Agraria, la... Tributaria... libertad irrestricta de organización política y sindical... [libertad] de prensa...[durante Medina] ni un preso político ni un desterrado...

### El 18 de octubre

... fue una casualidad. En el momento del golpe no había comprometidos en la conjura más de 150 oficiales —menos del 10 por ciento de los 1.700 que tenía el ejército— todos subalternos, ninguno de comando superior que pudiera movilizar unidades grandes. Además, la opinión pública no respaldaba la insurgencia (Peña, p. 47).

La rebelión estaba fracasada, pero nosotros perdimos un tiempo precioso... (Peña, p. 58) [Diálogo entre Carlos Delgado Chalbaud, golpista, y Eleazar López Contreras, preso].



...General creo que se impone una mediación, ¿no quiere servir de mediador?...

...No puedo Delgado... cualquier intervención mía en esto puede prestarse a muchas interpretaciones que no deseo... (Peña, p. 60).

### Las relaciones con Rómulo Betancourt

Conocí a Rómulo en los años 26 o 27; éramos muchachos entonces... Luego, en la época del gobierno de Medina, cuando Betancourt fundó Acción Democrática, nos veíamos muchas veces...posteriormente a la caída de Pérez Jiménez nos volvimos a ver. Al resultar electo presidente de la República, me mandó a llamar y conversamos largamente. Me dijo que pensaba hacer un gobierno de mucha amplitud, que contaba conmigo, con mi apoyo y consejo, y que me llamaría... para pedirme alguna opinión. Le dije que era un deber y que lo haría con mucho gusto...

[...]

Me imagino que él ha debido examinar todo lo ocurrido... Haberme enviado como embajador especial de Venezuela... significa una manera de rectificar y de decir, públicamente, que no mantenía ninguna de... afirmaciones anteriores y que las consideraba sin validez (Peña, pp. 26-27).

### Diez años de gobierno militar

“...fueron de reflexión para todo el mundo, de darse cuenta y hacer el balance de los errores cometidos todos. Permitió la atmósfera que presidió después el 23 de enero... [...]

Observo como algo importante... el fenómeno de la convivencia política en Venezuela... todos los partidos políticos conviven no sólo pacíficamente sino que, diría más, con cierto grado de amistad (Peña, pp. 63-64).

### La educación

... ¿para qué necesita Venezuela una educación y qué tipo de educación requiere? Una vez que definiéramos eso, pasaríamos a planificar cómo obtener esa educación, cómo darla y cuánto cuesta? [...] ¿Qué necesitamos como país en desarrollo? [...] ...acoplar [el tipo de egresado] a la concepción integral de desarrollo del país... adaptar la educación a esa definición... (Peña, p. 102).

## Advertencia y mensaje

Las Constituciones podrán decir todo lo que quieran, los Congresos podrán proclamar las declaraciones más extraordinarias; pero eso no funcionará nunca, porque hay que comenzar por hacer un pueblo. ¿Y a que [se llama] hacer un pueblo? ¡Educar a la gente!, es decir, enseñarles a vivir en república, ejercer derechos y cumplir deberes; enseñarles oficios para que no se vendan y no sean esclavos de nadie y tengan independencia... gracias a su trabajo, a su capacidad de producir [...] Una educación para... vivir en libertad, para que respete la libertad del otro y no la atropelle... enseñarle todas las cosas prácticas y necesarias para... una educación social... los gobiernos paternalistas enseñan derechos al pueblo, pero no deberes... la riqueza no está encerrada en alguna parte con llave... lo que hay que repartir ... es la capacidad de producir... (Peña, pp. 147-148).

La visión de Uslar a través de estos textos y de los que se reproducen en otra parte de este suplemento deja fuera toda su obra literaria que también le confirió fama y prestigio internacional, así como los siguientes premios entre otras muchas distinciones:

- 1935, Primer Premio Concurso de la revista *Élite* con su cuento "La lluvia".
- 1949, Primer Premio Concurso Anual de Cuentos del diario *El Nacional*, con "El baile del tambor".
- 1950, Premio Arístides Rojas, por novela "El camino de El Dorado".
- 1954, Premio Nacional de Literatura (1952-1953) por los ensayos "Las nubes".
- 1972, Premio Mergenthaler, Sociedad Interamericana de Prensa.
- 1973, Premio Hispanoamericano de Prensa Miguel de Cervantes.
- 1979, Premio Enrique Otero Vizcarrondo, por el artículo "Mi primer libro".
- 1981, Premio Asociación de Escritores de Venezuela por *La isla de Robinson*.
- 1982, Premio Nacional de Literatura, con *La isla de Robinson*.
- 1988, Premio Rafael Heliodoro Valle (México).
- 1989, Premio Príncipe de Asturias de las Letras (España).
- 1991, Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, por la novela *La visita en el tiempo*.
- 1998, Premio Alfonso Reyes (México).

---

### Bibliografía consultada

CARRILLO BATALLA, T.E. (1990). *Análisis y ordenación de la obra económica de Arturo Uslar Pietri*, Caracas, Academia Nacional de Ciencias Económicas, cuatro tomos, p. 1020.

PEÑA, A. (1978). *Conversaciones con Arturo Uslar Pietri. Grandes reportajes*, Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, p. 209 .

USLAR PIETRI, A. (1973). *De una a otra Venezuela*, Caracas, Monte Ávila Editores, p. 164.

\_\_\_\_\_. (1962). *Del hacer y desbacer de Venezuela*, Caracas, Publicaciones del Ateneo de Caracas, p. 190.

\_\_\_\_\_. (1958). *Sumario de economía venezolana para alivio de estudiantes*, segunda edición, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, p. 295.

---

### Páginas electrónicas

<http://www.Analitica.com.Venezuela.BitBiblioteca/uslar/default.asp>

<http://www.fpolar.org.ve/dmdhv/actualizacion/uslarpietri I.html>

[http://www.cervantesvirtual.com/bib\\_autor/uslar/biografia.shtml](http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/uslar/biografia.shtml)

<http://www.dimedonde.com.ve/magazine/articulos/.php?id=382&sección=12>



**Arturo Uslar Pietri, pasión de Venezuela**

## Arturo Uslar Pietri, pasión de Venezuela



---

Hoy\*

## **Uslar Pietri** **Arturo Uslar Pietri**

Vuelve a aparecer este vario conjunto de reflexiones que sobre mi país y los riesgos de su proceso histórico publiqué por primera vez, a partir de 1947 y que se recogieron en libro en 1949.

Era otro tiempo, pero ya era posible advertir en el rumbo que llevaba la acción pública una tendencia peligrosa hacia la desnaturalización de la economía, el desajuste social y las contradicciones paralizantes. Las dimensiones de la cuestión para entonces nos parecen hoy casi risiblemente pequeñas, pero la desviación y el sentido de los programas acusaban exactamente los mismos males que más tarde alcanzaron dimensiones gigantescas y casi inmanejables.

No faltaron quienes advirtieran la peligrosa inclinación hacia una economía y una sociedad artificiales, mantenidas por el flujo creciente de la riqueza petrolera. Yo tuve no sé si el acierto o la desgracia de contarme entre ellos.

Hoy, a casi a cuarenta años de distancia, las previsiones negativas y amenazadoras se han cumplido. Tenían que cumplirse inexorablemente. La economía y la estructura social del país entraron en una peligrosa desviación y deformación que le quitaron rápidamente todo carácter orgánico que las hicieron frágiles, falsas y totalmente dependientes de la suerte de los hidrocarburos en el mercado mundial. Se deformó, se pervirtió, se adulteró la realidad y se intentó un desarrollo falso y aparental que no era otra cosa que una expansión artificial y nada orgánica, subsidiada, sin ningún criterio de rendimiento, por aquel torrente, que parecía inextinguible, de dólares petroleros.

\* Tomado del libro *De una a otra Venezuela*, Monte Ávila Editores, sexta edición, 1989, pp. I-III.

Confundimos la moneda con la riqueza, lo aparential con lo real, el aumento de cosas con el crecimiento, y el subsidio y la pensión con la productividad.

El desenlace inescapable ha llegado. Venezuela gastó sin tino ni prudencia los desmesurados recursos monetarios que ha producido el petróleo, particularmente en el último decenio; ha contraído, además, una enorme deuda exterior e interior para la cual es difícil hallar justificación válida; desembocó inevitablemente en la devaluación del bolívar y hoy enfrenta una difícil crisis de vastos alcances que ha podido ser evitada.

Se pensó, absurdamente, que el desarrollo podía adquirirse con dinero y no con trabajo, que gastando aceleradamente se podía crecer aceleradamente, sin percatarse de una vieja verdad económica que nos recuerda que el crecimiento de un solo factor de la producción no aumenta el rendimiento. Parecimos llegar a creer que era posible, gastando diez veces más, alcanzar en cinco años lo que normalmente hubiera sido posible en cincuenta. No pudo y no podía el país absorber útilmente y digerir aquel torrente desbordado de inversiones, que no eran finalmente tales sino gasto improductivo, y que en esa forma, nunca se podría alcanzar un crecimiento orgánico y estable semejante al que los países desarrollados han alcanzado por medio del trabajo, el ahorro, la disciplina social y el aumento constante de la productividad.

El Estado no ha tenido un concepto claro de las posibilidades reales y de los riesgos inherentes a semejante desproporción del gasto público con respecto al verdadero nivel económico y social de la nación. Se creó una constante contradicción entre los medios y fines. Como alguna vez lo he dicho, se osciló continuamente, y de un modo paralizante, entre un capitalismo vergonzante y un socialismo púdico.

Hoy estamos en plena crisis. No podremos salir de ella sin una rectificación completa de rumbos, métodos y objetivos, difícil de adoptar y más difícil de realizar dentro del clima de irrealidad en que hemos vivido en los últimos tiempos.

Ahora, como hace cuarenta años, mantengo mi fe en que los venezolanos tendrán la energía y la voluntad necesaria para emprender ahora el duro camino hacia el progreso estable que no supimos hallar en tan larga temporada de improvisación e improvisación.

A.U.P.

Caracas, noviembre de 1985



---

## Sembrar el petróleo\*

**Uslar Pietri**  
**Arturo Uslar Pietri**

Cuando se considera con algún detenimiento el panorama económico y financiero de Venezuela se hace angustiosa la noción de la gran parte de economía destructiva que hay en la producción de nuestra riqueza, es decir, de aquella que consume sin preocuparse de mantener ni de reconstruir las cantidades existentes de materia y energía. En otras palabras la economía destructiva es aquella que sacrifica el futuro al presente, la que llevando las cosas a los términos del fabulista se asemeja a la cigarra y no a la hormiga.

En efecto, en un presupuesto de efectivos ingresos rentísticos de 180 millones, las minas figuran con 58 millones, o sea, casi la tercera parte del ingreso total, sin hacer estimación de otras numerosas formas indirectas e importantes de contribución que pueden imputarse igualmente a las minas. La riqueza pública venezolana reposa en la actualidad, en más de un tercio, sobre el aprovechamiento destructor de los yacimientos del subsuelo, cuya vida no solamente es limitada por razones naturales, sino cuya productividad depende por entero de factores y voluntades ajenos a las economía nacional. Esta gran proporción de riqueza de origen destructivo crecerá sin duda alguna el día en que los impuestos mineros se hagan más justos y remunerativos, hasta acercarse al sueño suicida de algunos ingenios que ven como el ideal de la hacienda venezolana llegar a pagar la totalidad del Presupuesto con la sola renta de minas, lo que habría que traducir más simplemente así: llegar a hacer de Venezuela un país improductivo y ocioso, un inmenso parásito del petróleo, nadando en una abundancia momentánea y corruptora y abocado a una catástrofe inminente e inevitable.

\* Editorial del diario *Abora*, martes 14 de julio de 1936, año I, n° 183, Caracas, Venezuela.

Pero no sólo llega a esta grave proporción el carácter destructivo de nuestra economía, sino que va aún más lejos alcanzando magnitud trágica. La riqueza del suelo entre nosotros no sólo no aumenta, sino que tiende a desaparecer. Nuestra producción agrícola decae en cantidad y calidad de modo alarmante. Nuestros escasos frutos de exportación se han visto arrebatados el sitio en los mercados internacionales por competidores más activos y hábiles. Nuestra ganadería degenera y empobrece con las epizootias, la garrapata y falta de cruce adecuado. Se esterilizan las tierras sin abonos, se cultiva con los métodos más anticuados, se destruyen bosques enormes sin replantarlos para ser convertidos en leña y carbón vegetal. De un libro recién publicado tomamos este dato ejemplar: "En la región del Cuyuní trabajaban más o menos tres mil hombres que tumbaban por término medio nueve mil árboles por día, que totalizan en el mes 270 mil, y en los siete meses, inclusive los Nortes, un millón ochocientos noventa mil árboles. Multiplicando esta última suma por el número de años que se trabajó el balatá, se obtendrá una cantidad exorbitante de árboles derribados y se formará una idea de los lejos que está el purgüo". Estas frases son el brutal epitafio del balatá, que, bajo otros procedimientos, hubiera podido ser una de las mayores riquezas venezolanas.

La lección de este cuadro amenazador es simple: urge crear sólidamente en Venezuela una economía reproductiva y progresiva. Urge aprovechar la riqueza transitoria de la actual economía destructiva para crear las bases sanas y amplias y coordinadas de esa futura economía progresiva que será nuestra verdadera acta de independencia. Es menester sacar la mayor renta de las minas para invertirla totalmente en ayudas, facilidades y estímulos a la agricultura, la cría y las industrias nacionales. Que en lugar de ser el petróleo una maldición que haya de convertirnos en un pueblo parásito e inútil, sea la afortunada coyuntura que permite con su súbita riqueza acelerar y fortificar la evolución productora del pueblo venezolano en condiciones excepcionales.

La parte que en nuestros presupuestos actuales se dedica a este verdadero fomento y creación de riquezas es todavía pequeña y acaso no pase de la séptima parte del monto total de los gastos. Es necesario que estos egresos destinados a crear y garantizar el desarrollo inicial de una economía progresiva alcance por lo menos hasta concurrencia de la renta minera.

La única política económica sabia y salvadora que debemos practicar, es la de transformar la renta minera en créditos agrícolas, estimular la agricultura científica y moderna, importar sementales y pastos, repoblar los bosques, construir todas las represas y canalizaciones necesarias para regularizar la irrigación y el defectuoso régimen de las aguas, mecanizar e industrializar el campo, crear cooperativas para ciertos cultivos y pequeños propietarios para otros.

Esa sería la verdadera acción de construcción nacional, el verdadero aprovechamiento de la riqueza patria y tal debe ser el empeño de todos los venezolanos conscientes.

Si hubiéramos de proponer una divisa para nuestra política económica lanzaríamos la siguiente, que nos parece resumir dramáticamente esa necesidad de invertir la riqueza producida por el sistema destructivo de la mina, en crear riqueza agrícola reproductiva y progresiva: sembrar el petróleo.



---

## Discurso del Ministro de Hacienda

**Uslar Pietri**  
**Arturo Uslar Pietri**

Tengo muy especial encargo del Jefe del Ejecutivo Federal de manifestaros, señor Presidente del Banco Central y señores Miembros del Directorio, cuán profunda es su satisfacción en este acto y cuán sinceros y cálidos son los parabienes que os dirige por este paso trascendental en la vida de vuestra institución.

Con honda simpatía, con inquebrantable fe, con cotidiano desvelo y preocupación, el Jefe del Estado ha presentado su robusto apoyo a este Banco, básico en la vida de la República, y es justo que hoy se regocije viéndolo entrar en esta etapa fundamental de su crecimiento y desarrollo.

Nació el Banco Central de Venezuela apenas ayer. Nació en un ambiente de inmensas esperanzas y de profundas prevenciones, y podemos decir que en el breve transcurso del tiempo que ha vivido, ha reafirmado aquellas esperanzas y desmentido aquellas prevenciones. Es ésta una hermosa hoja de servicios, de la que puede enorgullecerse.

Corresponde a esta institución una misión fundamental en la vida de la República. Está colocada en el centro de la piedra clave del edificio de la economía y corresponde a su cuidado vigilante todo cuanto se relaciona con el complejo mecanismo de la moneda y el crédito. A la vez, cumple la muy importante función de asesor técnico del Gobierno de Venezuela en asuntos financieros y

\* Pronunciado con motivo de la colocación de la primera piedra del edificio del Banco Central de Venezuela en Caracas, el 19 de septiembre de 1943, publicado en *Boletín del Banco Central de Venezuela*, año III, n° 10, octubre 1943, pp. 3-5.

económicos, y puedo dar testimonio fehaciente, como Ministro de Hacienda, de que esa colaboración en todo momento ha sido preciosa al Gobierno, quien por mi boca la agradece profundamente.

Corresponde al Banco Central de Venezuela prestar una colaboración fundamental en las cuestiones monetarias. Las cuestiones monetarias están en el centro mismo de las preocupaciones económicas, y son el termómetro y el índice de la vida de un pueblo. Un pueblo y su moneda mantienen tan estrecha relación, que no es posible divorciarlos sin provocar una profunda catástrofe. En los últimos treinta años hemos presenciado el derrumbe y la descomposición de las doctrinas monetarias más antiguas y sólidas; hemos visto desaparecer en semanas monedas de sólida reputación; hemos visto fundirse, como hielo en la mano, signos monetarios de países poderosos; hemos visto de pronto paralizarse el admirable mecanismo del patrón de oro, sobre el cual se erigió la prosperidad económica del Siglo XIX; y hemos visto subsistir monedas sin aparente ligadura con el metal oro. Los conceptos más firmes parecen desaparecer, y por consiguiente, en este mecanismo tan complejo se ha hecho más compleja la acción. Apenas si parece que se conserva la vigencia de la Ley de Gresham, y ello porque, más que una ley monetaria, es una ley psicológica. En medio de esta guerra que azota al mundo, y que a su vez es una reversión de todos los valores y una sacudida a los cimientos de la civilización, la economía de los pueblos ha sido profundamente afectada; y en las labores de la postguerra, la de la reconstrucción económica ha de tener un puesto preferente y constituir una preocupación esencial. Ya comienzan a esbozarse vastos planes monetarios que tienden a una mayor cooperación de todos los pueblos en esta materia. Para esta labor, Venezuela cuenta con un instrumento adecuado, y ese instrumento es el Banco Central, en el cual el Gobierno tiene el más esclarecido consejero y el más útil instrumento para llevar a cabo una política económica y monetaria que corresponda tanto a las necesidades de la Nación como al reclamo de un tiempo en que el hombre no puede olvidarse de que es hermano de todos los hombres.

Va avanzando el Banco Central con seguro paso, va fructificando y afianzando sus raíces en terreno firme. Ya no pueden inspirar ningún temor los breves tropiezos que pueda encontrar en su camino. En esta casa que edifica ahora, como en el símbolo evangélico, sobre viva roca, habrá de refugiarse el símbolo de la riqueza venezolana; no la riqueza que está intrínsecamente en las barras de oro, en los centenares de millones en barras de oro que habrán de acumularse aquí, sino la riqueza que representan, y que es el esfuerzo, el sudor, la iniciativa, el espíritu de empresa de millones de venezolanos, creando riqueza, felicidad y dicha para todos los habitantes de este territorio.

En ocasión en que por comisión del Presidente de la República tuve que dirigirme al Banco Central de Bolivia, me permití decir más o menos lo siguiente, que encuentro justo repetir aquí: Dije que Santo Tomás de Aquino, con esa profunda emoción social que tiene el cristianismo fundamental, había dicho que los ricos eran los administradores del tesoro de los pobres. Y yo me permitiría añadir que en una democracia, un Banco Central, el eje de un sistema bancario, no debe ser otra cosa que el administrador del tesoro de los pobres, es decir, ha de dirigir la suma de la riqueza pública, para que esa riqueza vaya a nutrir y desarrollar iniciativas que se traduzcan en felicidad y prosperidad para todos, que en Venezuela es la meta y la ambición del Gobierno que preside el General Medina, y a cuya labor está adscrito el Banco Central.

Debéis estar satisfecho, señor General, en este acto. Tanto como el Jefe del Estado, sois el jefe de un inmenso movimiento nacional que se compacta alrededor de vos, del cual ejercéis por derecho claro la jefatura, y que se dirige firmemente a la conquista de un porvenir grandioso para la Patria. En esa trayectoria se inscribe este acto, como se vienen inscribiendo todas las realizaciones de vuestro Gobierno, que apenas duran como promesas el tiempo necesario para transformarse en realidades.

Quiero, señores, creer que lo que vamos a depositar dentro de breves momentos en la tierra no es una primera piedra, sino que es una semilla que ha de germinar y crecer en un árbol inmenso, que ha de parecer una bandera, porque, como sabéis, las banderas de los pueblos sanos y felices tienen algo de árboles. Ese inmenso árbol habrá de cobijar, desde la Parima hasta el Caribe azul, la vida, el trabajo, las esperanzas, la obra estable y pacífica de cuatro millones de venezolanos, de cuatro millones de hermanos laboriosos y felices.





---

## Palabras pronunciadas en la instalación de la Escuela Libre de Ciencias Económicas y Sociales

**Uslar Pietri**  
**Arturo Uslar Pietri**

El 28 de octubre de 1938 se instaló solemnemente en la Universidad Central de Venezuela la Escuela Libre de Ciencias Económicas y Sociales, que fué el punto de partida de estos estudios en las Universidades venezolanas. Un año después se logró convertir esta Escuela en Facultad ordinaria de la Universidad, de la que han egresado y egresan tantos hombres útiles para el servicio de Venezuela.

La creación de la Escuela Libre de Ciencias Económicas y Sociales es un aporte fundamental para formación de una conciencia venezolana activa y dirigente.

Viene a incorporar al sagrado semillero de la Universidad una disciplina viviente y actuante con el estudio de aquellas Ciencias que más directamente se relacionan con el bienestar colectivo y la grandeza y progreso de los pueblos.

Abre hoy nuestra Universidad una ancha ventana de luz hacia el panorama universal y nacional para contemplar y analizar todos los complejos problemas de la producción y circulación de las riquezas y de la convivencia de las distintas clases sociales, que habrá de reflejarse en un futuro próximo en la organización de nuestra vida colectiva y en la orientación de nuestro destino histórico.

Faltaba a nuestra enseñanza superior este limo viviente y fecundo del estudio sistemático y completo de las ciencias sociales y económicas, no con el objeto de formar al profesional dogmático y generalmente estéril, sino con el propósito, mucho más humano y eficaz, de poner a un puñado de hombres capaces en el

\* Reproducidas de *Sumario de economía venezolana, para alivio de estudiantes*, segunda edición, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1958, pp. 265-269.

camino del conocimiento y de la investigación de todas estas cuestiones dinámicas y complejas que se relacionan con la riqueza y el equilibrio social de las naciones.

Si algo caracteriza nuestra época es esa suerte de cenestesia social que hace que el individuo se sienta profundamente integrado a todas las manifestaciones y fenómenos de la colectividad humana. Es ese condicionamiento de lo individual por lo nacional y lo universal.

Nada de lo que ocurre o pueda ocurrir es enteramente indiferente para el individuo. La guerra o la crisis del más remoto pueblo repercuten automáticamente en la vida del individuo. Y ello no es únicamente un resultado de la mayor difusión de la cultura y de los grandes adelantos en las comunicaciones, sino una consecuencia de la constante y tenaz universalización de las relaciones económicas. El salario del campesino de nuestras sierras depende en gran parte de las fluctuaciones de los precios en las grandes bolsas universales. Y si del aspecto universal pasamos al nacional, los fenómenos de las repercusiones, inesperados para el profano, no son menos sorprendentes. El aumento de la burocracia, el desequilibrio de la balanza de comercio, la situación crítica de la agricultura y de casi todas las ramas de la producción nacional, son otros tantos efectos del incremento de la industria petrolera en Venezuela.

Diariamente los hechos nos están probando que no existe economía nacional aislada, ni fenómeno económico independiente del resto de los demás factores de la vida económica.

En muchos perdura el concepto arcaico de que la economía puede continuar siendo aquella eglógica y estática estampa de la Europa de la primera mitad del siglo XVIII. Sin duda ignoran o desestiman la formidable revolución industrial que se inició en los últimos años de ese mismo siglo y que había de transformar profundamente la vida y las relaciones de los pueblos. Al artesano que trabajaba las materias de su región, le sustituyó la gran industria que emplea los materiales de las más distantes regiones. Al mercado local y a la feria pintoresca le sustituyó el enorme intercambio de mercancías y servicios entre todas las naciones de la tierra. A la bolsa de lana donde se guardaban los ahorros de la cosecha la reemplazó los complejos mecanismos del crédito internacional. Al viejo doblón de buen oro, que era una joya más que una moneda, vino a sustituirlo el libro de contabilidad de los Bancos o esos signos representativos cuyo valor llegó a evaporarse en instantes durante los grandes dramas monetarios de la postguerra. Surgieron los vastos problemas internacionales de la distribución geográfica y del aprovisionamiento de materias primas, los problemas del nivel de vida y de la capacidad adquisitiva de las masas, los problemas de la interdependencia de las monedas atadas a la suerte del intercambio económico; la tragedia de las grandes crisis que en horas provocaban fantásticos desplazamientos de riquezas.

El hombre estaba cogido en las inmensas ruedas del mecanismo económico y su reacción natural debía ser un esfuerzo por conocerlo y controlarlo.

El siglo XIX se inicia con las más halagadoras esperanzas económicas. La escuela clásica inglesa afirmaba, cada día con más énfasis y con más genial razonamiento, que el interés del individuo coincidía siempre con el interés general, que la vida económica estaba presidida por leyes inmutables que no podían ser alteradas, y que bastaba dejar actuar libremente esas leyes para que automáticamente se establecieran la armonía y el progreso. El Estado quedaba reducido al honorífico y simple papel de un “productor de seguridad”. No todo resultó tan risueño. Ya desde los comienzos surgieron, entre los propios fundadores, Ricardo y Malthus con su profunda investigación que Carlyle había de llamar lúgubre. Después vinieron las grandes crisis periódicas, el pauperismo y la agitación creciente de las masas trabajadoras, y la reacción ideológica desde diferentes posiciones. Aquel siglo concluye en la desconfianza de la libertad económica y en una multiforme exaltación de la función del Estado, que han continuado acentuándose hasta nuestros días.

Nuestra patria, por razones de la más diversa índole, que van desde la historia hasta la geografía, permaneció largo tiempo indiferente a la gran batalla económica que se libraba en el mundo occidental y a las consecuencias que necesariamente sufría. Nuestra independencia coincidió con la época de mayor prestigio de la escuela clásica, y era lógico que nuestros libertadores adaptaran a los principios de aquella nuestras instituciones. Desde Santos Michelena, hasta el ayer inmediato hemos practicado por tradición un liberalismo económico sin convicción y sin energías, que ni correspondía a nuestras necesidades ni a la política coetánea de los demás países.

En un pueblo desprovisto del sentido agresivo y creador del capitalismo, la vida económica abandonada al empirismo y a su propia suerte degeneraba en un remanso, en lugar de ser el primer instrumento del progreso y de la transformación nacional. Nos decíamos fieles a un liberalismo teórico, sin pensar en las consecuencias sociales, políticas y culturales que la condenación al papel de productores de materias primas debía ocasionar a la nación. Nos seguíamos creyendo liberales, mientras el Estado, antes del petróleo, mantenía por medio de barreras artificiales las escasas y exangües industrias y después del petróleo, por medio de la distribución de aquella renta, y de la fijación del tipo de cambio, venía a intervenir, sin proponérselo, todos los aspectos de nuestra vida económica.

Hoy, el Estado venezolano por medio de las protecciones arancelarias, las primas, los contingentes, la centralización del cambio, la distribución del Presupuesto, es el centro de toda la economía nacional. Ante este hecho brutalmente simple y cierto, resulta absolutamente bizantino ponerse a discutir sobre la conveniencia

de que el Estado intervenga o no en la vida económica. El hecho es que el Estado interviene y está interviniendo en nuestra vida económica, porque nuestra vida económica no es sino un reflejo de la riqueza del Estado. La cuestión vital para los venezolanos no es saber si el Estado debe o no intervenir en la actividad económica, sino crear una vida económica propia y creciente, ante la que pueda plantearse un día el problema de la intervención o de la no intervención.

La riqueza del Estado y nuestra economía toda dependen hoy, en proporción formidable, del petróleo. El petróleo no es ni una cosecha ni una renta, sino el consumo continuo de un capital depositado por la naturaleza en el subsuelo. Todo capital que se consume y no se reproduce tiene un término. Ese término de la riqueza petrolera, de la que estamos viviendo, es la más trágica interrogación que surge en el panorama de nuestro futuro económico y social.

La gran labor es la de aprovechar la riqueza transitoria y decreciente de las minas para transformarla en riqueza reproductiva, regular y creciente de la agricultura y de las fábricas. El gran propósito es, como ya lo dije en otra ocasión: "sembrar el petróleo".

Tal es la importancia decisiva que tienen las cuestiones económicas y sociales para nuestra Venezuela. Por ello no puede ser más útil ni más patriótica la vocación que os ha congregado aquí.

En nuestra escuela se van a formar los soldados alertas que van a librar la dura batalla de nuestra economía, que no es otra que la batalla por la grandeza, por la independencia y por el progreso de la patria.

El "pensum" de estudios es lo suficientemente amplio para asegurar una información eficiente. La escuela dará el bagaje esencial para que acabéis de formaros en la lucha.

Para que ascendréis y convirtáis en acción los fermentos que de ella recibiréis. Y espera, con firme confianza, que sabréis devolverle a nuestra materna Venezuela, en ejemplo, en investigaciones y en acción, el capital de conocimientos que os va a confiar. Alberto Adriani escribió una frase que yo me permito proponeros como regla de conducta y fuente de meditación: "Es mucho más fácil discurrir sobre ideas generales, tejer diatribas ácidas y atiborrar cráneos proletarios de ideas abusivas y propósitos desordenados, que pasar meses en el estudio silencioso y metódico de algunos de nuestros problemas técnicos e imponerse una disciplina de trabajo que permita dominarlo con desenfado".

En nombre de la Universidad Central de Venezuela os doy la bienvenida y os deseo, con patriótico egoísmo, el mayor fruto de vuestros estudios.



---

## Discurso de incorporación a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales

**Uslar Pietri**  
**Arturo Uslar Pietri**

Señores Académicos:

Es el espíritu y propósito de esta docta corporación reunir en su seno aquellos hombres que han descollado en el estudio y la aplicación de las ciencias que se suele calificar de morales, en reconocimiento acaso al elevado carácter de ellas y a la insigne parte que les toca en la paz, bienestar y progreso de la vida de los hombres en sociedad.

Aquí han venido a tomar asiento, desde la fundación de la Academia, grandes letrados de la República, juristas eminentes, codificadores ilustres, hombres de esa suma y viva sabiduría en el derecho que los antiguos llamaban prudencia, y más tarde, con la evolución de la ciencia y de los tiempos, han llegado también los sociólogos y los economistas, movidos por el afán de conocer e interpretar las fuerzas y las leyes que actúan sobre el proceso social y el rumbo de la nación.

Con esta enunciación bastaría para pintar el alto cometido de este ilustre cuerpo y lo flaco de méritos que me encuentro para ocupar el sillón que vuestra benevolencia ha tenido a bien acordarme. Acaso, para hallar el generoso pretexto de traerme aquí, habéis querido exaltar en mi persona el celo, que con muchos comparto, por la implantación y extensión de los estudios económicos y el empeño de despertar en los más una noción activa de la importancia que estas cuestiones tienen en nuestro presente y para nuestro porvenir. Si así fuere, me complacería en extremo, porque sería como reconocer en solemne forma el amor, y más que amor pasión, que siento por esta tierra venezolana y su destino, a la que pertenezco hasta los huesos y de la que nada logra parecerme indiferente.

\* Reproducidas de *Sumario de economía venezolana, para alivio de estudiantes*, segunda edición, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1958, pp. 271-295.

A medida que los hombres avanzamos en la vida tendemos a mezclar en el sentimiento a los vivos con los muertos. Las sombras amigas de los que se fueron parecen, en ocasiones, continuar en invisible presencia a nuestro lado, acompañándonos y valiéndonos en el comercio con los vivos y en la soledad. Entre tantos rostros visibles, siento también que me acompañan aquí algunas sombras amigas. Entre ellas la de mi viejo maestro, el Doctor Francisco Arroyo Parejo, cuyo sillón tengo la honra de venir a ocupar hoy, y al que me parece que me invita con la caballerosa prestancia de su figura inolvidable.

Me parece contemplarlo de nuevo, como lo veía en mis años de estudiante, atravesar los sagrados claustros de la vieja Universidad, con su bien peinada cabellera blanca, su erguida y enjuta silueta de hidalgo, pulcro en el vestir, comedido en la palabra, pulido en el trato, seguro y discreto en la lección con que día tras día, en el invariable tono de quien cumple un rito, nos iba iluminando los complicados y oscuros vericuetos del Derecho Internacional.

Fue el Doctor Arroyo Parejo un jurista eminente. Nacido en Caracas, el año de 1867, en el país recién salido de la terrible conmoción de la Guerra Federal, le tocó formarse en el tiempo de los caudillos, de las revueltas civiles, de las reclamaciones extranjeras, en el que los hombres que se consagraban con vocación sincera al culto del derecho venían a ser como una secta mínima y combatida, en medio de un pueblo entregado a los peores dioses de la violencia.

Ejerció el Doctor Arroyo Parejo su profesión de abogado con acierto y buen suceso. Logró destacarse en estrados, en sonados asuntos y muchas de sus actuaciones, cuajadas de valiosa doctrina, las recogió en su obra: "Alegatos Judiciales".

Del ejercicio privado, movido por el deseo de servir, pasó a la judicatura, en la que actuó con notable dignidad y brillo ocupando altos cargos en la Corte de Casación y luego en la Corte Federal y de Casación.

Desde 1914 ingresó al servicio de las Relaciones Exteriores de la República, en delicados asuntos de límites y de reclamaciones, en varias Direcciones y en Misiones, y como Consultor Jurídico. En más de una oportunidad estuvo Encargado del Despacho.

Indisolublemente unidos a su obra y a sus servicios están su carácter y su figura de ejemplar caballero de una Caracas desaparecida. Hombre de sociedad, devoto de la conversación inteligente, pleno de aquella amable cortesía de viejo estilo que era, nada más y nada menos, que un sabio arte de vivir, muy cuidado de su apariencia, era, por dentro y por fuera, la imagen de la antigua hidalguía. La vejez no logró doblegarlo, ni ablandarlo. En sus últimos años seguía tan pulcro y erguido como la hoja de la buena espada. Y cuando sus ojos se cerraron en la muerte, pareció terminar con él, un estilo de vida hermoso y respetable.

A su amable sombra dirijo complacido este saludo, antes de entrar en la cuestión que me propongo tratar ante ustedes, señores académicos.

Cuando hayan desaparecido las generaciones presentes y otras remotas y distintas las hayan sucedido en el modificado escenario de este país, es posible que, al contemplar en su conjunto el panorama de nuestra historia, lleguen a considerar que uno de los hechos más importantes y decisivos de ella, si no acaso el más importante y decisivo, es el hecho geológico de que en su subsuelo se había formado petróleo en inmensas cantidades.

El petróleo durmió ignorado en el seno de la tierra venezolana por millares de años de edades geológicas y por varias centurias de historia. Mientras sobre la superficie del suelo pasaban las migraciones indígenas, mientras los Conquistadores se lanzaban a la desesperada empresa de hallar El Dorado, mientras se fundaban pueblos, se introducían cultivos, se leían libros, se discutían ideas, se encendían guerras y revueltas, se gritaban “vivas” y “muertas”, nacían y morían hombres, surgían y caían caudillos, se hablaba de progreso y de atraso, el petróleo estaba dormido en el seno de la tierra como una promesa o como una amenaza. Se conocían algunos rezumaderos naturales que lo hacían aflorar a la superficie en ciertos lugares. Los indios del Lago de Maracaibo lo llamaban “mene” y lo usaban las tripulaciones de los viejos veleros para calafatear sus cascos antes de lanzarse a la aventura del mar.

Aquel aceite negro y mal oliente no parecía servir para mucho, fuera de su utilidad para las embarcaciones y para alimentar por la noche la luz de alguna solitaria lámpara.

Pero en la segunda mitad del siglo XIX ocurren grandes transformaciones técnicas y económicas en el mundo. El petróleo halla, en rápida sucesión de hallazgos, otros empleos distintos del combustible para lámparas. Se inventan los motores de explosión. La tracción de sangre desaparece. Los trenes y los barcos empiezan a moverse con máquinas Diesel. Viene la Primera Guerra Mundial que, según la frase de un político inglés, se ganó “sobre una ola de petróleo”. Las vías aéreas ofrecen al hombre un mundo más asequible y más a la medida de su tamaño y de su tiempo. La Segunda Guerra Mundial se lucha con petróleo en el aire, en el mar y en la tierra. En un proceso de cien años el petróleo se ha convertido, acaso, en la materia prima más importante para el hombre.

Esta gran transformación, que es una de las más profundas y determinantes del largo período de crisis de crecimiento y de reajuste por el que ha venido atravesando la humanidad desde hace medio siglo, tiene su dramático reflejo en Venezuela. El petróleo que dormía ignorado en la tierra de aquel país atrasado, dividido y pintoresco, poblado de gentes anacrónicas, que vivía de espaldas a las grandes transformaciones del mundo, entregado a una economía de hacienda

y mano esclava y a una política de guerrilleros y de rúbulas, va a revelar de pronto su desproporcionada presencia.

La circunstancial y limitada explotación y refinación que a partir de 1878 hizo, en tierras de Rubio, la Compañía Petrolera del Táchira, es un valiente y pintoresco episodio, pero que no puede citarse como un antecedente válido del desarrollo del petróleo venezolano.

Desde 1904, bajo las previsiones de las antiguas leyes mineras, se había comenzado a otorgar concesiones para la extracción de aquella especie de brea. Los conocimientos geológicos, y hasta los geográficos, eran escasos. No había siquiera un mapa fidedigno de la región del Lago de Maracaibo. Eran soledades anegadizas, cubiertas de áspera vegetación, donde el paludismo endémico diezmaba a los contados pobladores.

El primer pozo exploratorio comenzó a producir en 1914. En 1917 se hizo la primera exportación. En 1922 en el campo de La Rosa, en la parte oriental del lago, el pozo "Los Barrosos N° 2", de la Venezuela Oil Concessions Ltd. saltó violentamente en un inmenso chorro de aceite negro que estuvo fluyendo incontrolado a razón de cien mil barriles diarios.

Este espectacular suceso anunció a Venezuela y al mundo la presencia de la riqueza petrolera. Más alto que las torres y por encima de los árboles, el poderoso chorro estaba de pie como un gigante, sacudido de acometida fuerza, dispuesto a comenzar su camino en la historia. La Venezuela de 1922 no se dio cuenta de la completa significación de aquel suceso. Los periódicos del 22 de diciembre lo comentaron de una manera superficial. Más importancia parecía tener la noticia de que un agitador italiano, jefe de un grupo de camisas negras, había tomado el poder después de una simbólica marcha sobre Roma. En los cinco días siguientes no se dijo nada más. Había muy pocos venezolanos que tuvieran un verdadero conocimiento de lo que el petróleo significaba en el mundo, y nada se sabía de cierto sobre la naturaleza de nuestro subsuelo.

Vale la pena lanzar una mirada al país en que brota el famoso chorro de La Rosa. Su población sobrepasaba escasamente los 2.800.000 almas. Una sola ciudad, Caracas, tenía más de cien mil habitantes. Fuera de la navegación por costas y ríos, que era ocasional y lenta, no existía, prácticamente, comunicación entre las distintas regiones. Había unos setecientos kilómetros de ferrocarril, y un millar de kilómetros de carreteras de tierra, estrechas y mal trazadas. En la ciudad de Caracas sólo había un mediano hotel digno de ese nombre y dos salas de cine. De Caracas a Barquisimeto, a Higuerote o a Maracaibo se iba por mar. El Presupuesto de gastos fué de 72 millones de bolívares. El total de lo asignado para Obras Públicas de Bs. 8.290.000; y el total de lo previsto para Instrucción Primaria de Bs. 2.518.000. Para Inmigración y Colonización había cien mil bolívares.



El total del Situado Constitucional apenas sobrepasada los cinco millones. El valor de las importaciones alcanzó a 125 millones. Por año y por habitante el Presupuesto representaba 26 bolívares y las importaciones 44.

A partir del año de 1922 el progreso de la industria petrolera en Venezuela fue rápido. El desarrollo comenzó en las zonas del Lago de Maracaibo y de Falcón. Más tarde, para 1928, se hicieron exploraciones, con resultados positivos, en la región oriental del país y se establecieron los primeros campos de la llamada zona del Orinoco, que cubre los Estados Anzoátegui, Monagas y el Territorio Delta Amacuro. Una tercera zona, con muchas posibilidades, se descubrió más tarde en la llamada zona del Apure.

El aumento del volumen del petróleo producido fué espectacular. En 1921 se había producido poco menos de 5.000 barriles por día. Diez años más tarde, en 1931, la producción alcanzaba a 321.000 barriles diarios. Veinte años más tarde, en 1941, llegaba a 625.000. En 1951, o sea treinta años después, la producción llegó a la cifra de 1.700.000 barriles por día. O sea 340 veces la producción de 1921.

Dentro de ese desarrollo los expertos distinguen varios períodos, a saber: el período inicial que llega hasta 1922; el primer desarrollo en gran escala desde 1923 hasta 1929; de 1930 a 1932 la depresión mundial se refleja en una actividad disminuida; de 1933 a 1942 hay recuperación y nuevo progreso; en 1943 la Segunda Guerra Mundial ocasiona una nueva paralización. A partir de 1944, realizada la reforma de la situación jurídica de la industria por la ley del año anterior, comienza, con ligeras fluctuaciones, el desarrollo culminante que llega hasta hoy.

Durante ese tiempo la industria petrolera de Venezuela se convierte en una de las más grandes del mundo. Poderosas empresas dirigen su desarrollo y crean grandes centros de trabajo y costosas y complicadas instalaciones. En apartados lugares se alzan las torres de perforación, se tienden los tubos de los oleoductos, se tejen los hilos de las centrales eléctricas y surgen campamentos de calles asfaltadas y blancas casas.

La industria del petróleo es una de las más tecnificadas del mundo. Científicos y profesionales de las más variadas especialidades intervienen en ella. Desde el mecánico hasta el ingeniero electricista, desde el experto en caracoles fósiles hasta el ingeniero hidráulico. Sus problemas de perforación, de transporte, de refinación, están entre los que necesitan utilizar los más adelantados conocimientos de la tecnología.

Al desarrollarse en Venezuela, esta industria adquiere ciertas características peculiares. De las distintas fases sucesivas, que constituyen su integración normal, sólo las de exploración y producción forman entre nosotros la principal actividad, porque los mayores centros de consumo no están en el país, sino que son los grandes mercados extranjeros. Esto le da, desde el comienzo, un carácter internacional a

esa industria. Sólo la producción tiene su asiento entre nosotros, el consumo es extranjero en una proporción que nunca ha sido inferior al 95 por ciento.

Esto ha determinado que fueran extranjeras las principales empresas que acometieron el desarrollo del petróleo venezolano. Eran en realidad filiales de los más vastos consorcios petroleros del mundo, los que por su capacidad técnica y económica y su vinculación con los grandes mercados, estaban en posición privilegiada para descubrir y explotar el petróleo venezolano.

Este hecho estableció el tipo de organización que hubo de prevalecer: el capital, la técnica y la gerencia vinieron de fuera. La materia prima y el trabajo fueron venezolanos. Esta estructura, aun cuando con algunas modificaciones, es la que ha predominado hasta hoy.

Surgida la industria petrolera en esta forma súbita, sin que el país estuviera preparado para conocerla, aprovecharla y encauzarla, el problema del petróleo pareció reducirse por mucho tiempo para nosotros al de obtener para el Fisco los mejores beneficios monetarios.

En medio de la general ignorancia un hecho casi providencial vino a servir los intereses de Venezuela. En nuestra legislación se había conservado de un modo tradicional y casi como una reliquia de los tiempos coloniales, el derecho regaliano del Estado sobre las minas, con la misma amplitud y casi en los mismos términos con que lo definió Solórzano en su *Política indiana* en el siglo XVII. O sea que los metales “i las minas o mineros de donde se sacan se tengan por de lo que se llaman Regalías, que es como decir por bienes pertenecientes a los Reyes y Supremos Señores de las Provincias donde se hallan, i por propios i incorporados por derecho, i costumbre en su patrimonio, i Corona Real, ora se hallen y descubran en lugares públicos, ora en tierras, i posesiones de personas particulares. En tanto grado, que aunque éstas aleguen, y prueben, que poseen las tales tierras, i sus términos por particular merced, i concessión de los mismos Príncipes, por muy generales que ayan sido las palabras con que se les hizo, no les valdrá ni aprovechará ésto, para adquirir, i ganar para sí las minas, que en ellas se descubrieren”. El sistema regaliano, que conservaba para el Estado la propiedad del subsuelo, y permitía conceder a las personas de derecho privado el privilegio de explotar las minas, bajo los términos y condiciones estipulados por la ley, es el que ha estado en vigencia durante toda la historia de nuestro petróleo.

A medida que el país y sus clases dirigentes fueron adquiriendo conciencia de la verdadera importancia de la riqueza petrolera, el régimen legal fué sufriendo modificaciones cuyo propósito consistió siempre en asegurar a la nación una participación más justa en la riqueza producida. Este proceso tuvo su culminación en la memorable Ley de Hidrocarburos de 1943, que vino a uniformar y a

establecer sobre bases más equitativas las relaciones del Estado y de las empresas petroleras. Esta Ley acabó con la heterogeneidad que reinaba en materia de condiciones, con los chocantes privilegios que los más antiguos concesionarios tenían sobre los más recientes, en perjuicio del interés nacional: sometió toda la industria al imperio del sistema impositivo general; le dió al Estado la posibilidad de intervenir en la orientación general de la industria y en su desarrollo, y estableció las bases para obtener la participación que se considere más justa en los beneficios.

Este largo proceso es el que pudiéramos llamar el de las relaciones técnicas, jurídicas y fiscales del Estado con las empresas petroleras, que es sin duda de la más grande importancia. Pero, desde otro punto de vista, más amplio y también más verdadero, esto no representa sino un aspecto de la cuestión más general e importante que constituye la presencia de una industria como la del petróleo en un país como Venezuela, es decir, las inmensas consecuencias sociales, económicas y políticas que, en la historia y el destino de un país como la Venezuela de 1922, ha producido y puede producir el desarrollo vertiginoso de una industria que lo ha convertido en el primer exportador de petróleo del mundo.

Durante esos treinta años Venezuela ha experimentado los cambios de mayor monta que haya conocido en su historia. Vale la pena asomarse, aunque sea brevemente, a contemplar la magnitud sobrecogedora de esas transformaciones.

El espectacular desarrollo de la producción petrolera se ha reflejado de un modo directo en la economía venezolana, como lo comprueban los siguientes datos.

El ingreso nacional, es decir, la suma total estimada en moneda de todo lo que recibieron los habitantes del país, durante un año, por su trabajo o por su capital, que en 1936, se estimó en 1.500 millones de bolívares, alcanzó el nivel de 7.000 millones en 1949, y para 1954 se calcula en diez mil millones anuales; lo que equivale a decir que, en ese lapso, el promedio de ingreso anual por habitante que era de 450 bolívares subió a cerca de 2.000, que es uno de los más altos del continente americano.

El Presupuesto Nacional ha seguido el mismo rápido desarrollo. Desde la Independencia había ido subiendo lentamente, reflejando en sus fluctuaciones la inestabilidad, el atraso y las agitaciones del país. En el año económico 1830-31 los gastos públicos sumaron poco más de 5 millones de bolívares. El primer año de la Administración de Monagas (1847-48) tuvo como Presupuesto de Gastos 12 millones... Para 1864-65 el Gobierno de la Federación gastó 23 millones. Los gastos del último año fiscal del Septenio de Guzmán Blanco escasamente rebasaron los 24 millones. Para 1889-90 los Gastos del Gobierno del Doctor Rojas Paúl llegaron a 45 millones de bolívares. En una sola anualidad, del quinquenio de Crespo, llegó excepcionalmente a alcanzar el nivel de 50 millones de egresos.

En la primera década del siglo XX el promedio anual de gastos públicos es de 49 millones. Entre 1911 y 1920 el promedio es de 59. Es a partir de entonces cuando el crecimiento del presupuesto refleja poderosamente la transformación ocasionada por el petróleo. El promedio anual de gastos en la Década 1921-1930 llega a 146 millones. En 1936-37 se alcanza la cifra 215 millones de egresos. En 1938-39, la de 335. En 1944-45, la de 487; en 1953-54, la de 2.433 millones de bolívares de egresos en un año. Lo que significa que la capacidad anual de Gastos del Fisco Nacional hoy, en moneda, es mayor que la suma de todo lo que la Administración Pública erogó desde la Separación de la Gran Colombia hasta el fin de la Primera Guerra Mundial.

La circulación monetaria experimenta igualmente un desarrollo notable. El circulante en manos del público que era de 288 millones en 1938, pasa a 345 en 1941, llega a 536 en 1943, para subir a 2.086 millones en 1953. Es decir que aumentó más de siete veces en el transcurso de quince años.

Junto a estos índices de la moneda, del ingreso y del Presupuesto, debemos considerar los que representan el volumen de los bienes producidos o importados, el movimiento de los pagos internacionales, precios y el costo de la vida.

Los productos agrícolas de exportación permanecen estacionarios o revelan descensos de volumen. Esto es particularmente cierto del café y del cacao que fueron los dos soportes tradicionales del comercio exterior venezolano. En cambio en la producción destinada al consumo interno ha habido un aumento general, que pone de manifiesto el hecho importante de que todo lo que depende del mercado nacional ha sentido el estímulo de la expansión de la industria petrolera.

Ese aumento de la producción destinada al consumo interno, se manifiesta tanto en la industria como en la agricultura, y es la consecuencia directa del constante crecimiento del poder adquisitivo de la población venezolana, que se expresa en las cifras del ingreso nacional.

Aumentos notables en el volumen de producción se han presentado, desde 1938, 1943 y 1945 en las más diversas ramas. Citaremos al azar y en cifras globales algunos de esos desarrollos. Para 1951 había aumentado desde un tercio hasta menos del doble la producción de carne, leche, arroz y cigarrillos; había llegado al doble la del azúcar; era cinco veces mayor la de pescado en todas sus formas; seis veces la de energía eléctrica, galletas y bebidas gaseosas; ocho veces la de maderas; diez veces la de cauchos y cerveza; once veces la de telas y pastas alimenticias; dieciocho veces la de cemento, y cincuenta y tres veces la de alimentos concentrados para animales.

En el quinquenio comprendido entre 1948 y 1952, según datos del Banco Central de Venezuela, la industria de materiales de la construcción aumentó al triple;



las industrias de la alimentación y de artículos no durables creció en un 55% y la producción textil en un 42%; la industria del cuero casi cuadruplicó; la inversión en construcciones públicas y privadas pasó de 597 millones a 1.281 millones de bolívares. El índice general de toda la producción manufacturera (excluyendo la refinación de petróleo) aumentó en un 81% desde 1948 a 1952.

Pero donde más espectacularmente se refleja el aumento del poder adquisitivo de la población venezolana es en las importaciones. En un centenar de millones de bolívares se cifraba el nivel máximo de lo que el país podía comprarle al exterior en un año. En el año de 1913 el valor total de todo lo importado fue de 93 millones de bolívares. Esa cifra va a crecer con una rapidez impresionante. En 1936 llega a 211 millones; en 1945, a 804; en 1952, a 2.420 millones de bolívares. Es decir que durante ese lapso, en que la población había doblado su volumen, la importación había aumentado 26 veces. Mientras que en 1913 cada habitante de Venezuela compró, en promedio, por valor de 37 bolívares de cosas importadas; en 1952 ese mismo habitante invirtió en productos importados 484 bolívares.

En algunos renglones ese incremento de la importación es más impresionante. Venezuela importó productos alimenticios en 1938 por valor de 34 millones de bolívares, para 1952 la suma correspondiente había ascendido a 390 millones, o sea más de once veces la anterior; como si por cada boca hubiera habido once, o como si los que estaban reducidos a una miserable dieta de subsistencia hubieran tenido la oportunidad de multiplicar su ración con alimentos importados. En el solo renglón de leches conservadas se pasó de una importación de 144 mil bolívares en 1922 a 82 millones en 1952, o sea una multiplicación de 570 veces en treinta años.

El aumento no es menos señalado en maquinarias, en metales, en textiles, en vehículos, en productos químicos. Es como si el país hubiera estado durante siglos sometido a la escasez y a la pobreza y comenzara por primera vez a tener los medios para comer a su hambre y para proveerse en forma creciente de todo cuanto desea, necesario y superfluo.

En cambio, si hacemos abstracción del petróleo y sus derivados, las exportaciones no han experimentado, ni remotamente, un incremento que guarde proporción con el de las importaciones. En efecto, las exportaciones tradicionales de Venezuela, es decir, aquellas que tenía antes del petróleo y de las que dependía su capacidad exterior de pago, han permanecido estacionarias o han señalado pequeños aumentos. En volumen, las exportaciones de café y cacao, nunca llegaron a sobrepasar después del auge petrolero, las cifras más altas alcanzadas anteriormente, aun cuando en valor, debido a fluctuaciones de los precios mundiales, haya habido un aumento apreciable en los últimos años. El valor total de la exportación venezolana (sin petróleo) que, en 1922, era de 137 millones de bolívares no pasaba en 1951 de 161 millones.

El contraste entre importación y exportación se hace mucho más dramático si nos vamos a las cifras relativas, que damos en seguida. En 1952, mientras cada habitante de Venezuela, en promedio, compró productos importados por un valor de 484 bolívares, sus ventas al extranjero, excluido el petróleo y el hierro, no llegaron sino a 38 bolívares.

Es la explotación petrolera la que ha financiado ese aparente desequilibrio. El dinero proveniente del petróleo ha ampliado el mercado interno y de esa ampliación se han beneficiado las importaciones y en segundo término la producción no petrolera.

Nuestra capacidad de importar ha dependido de nuestra capacidad de hacer pagos al exterior, y a su vez, nuestra capacidad de hacer pagos al exterior ha dependido, en grado casi absoluto, de las divisas petroleras. En 1934, hace apenas veinte años, el doctor Vicente Lecuna, estimaba el lado activo de la balanza de pagos de Venezuela en 198 millones de bolívares. Así de bajo era el nivel de nuestra capacidad de pagos al extranjero. En 1948, según estimación del Banco Central de Venezuela, el activo de nuestra balanza de pagos había llegado a la suma de 759 millones de dólares. Ese activo tan rápidamente aumentado se compone casi en su totalidad de divisas petroleras. En 1952, por ejemplo, el ingreso de divisas del Banco Central fue de 718 millones de dólares, de los cuales 707 provenían de la actividad petrolera. Es decir que el 98,46 por ciento de las divisas controladas para nuestros pagos al exterior provenían directamente del petróleo, y tan solo el 1,54 por ciento restante, del café, el cacao y las demás fuentes de divisas de que dispone el país.

Esa afluencia de divisas, que se ha reflejado en una tendencia del cambio a la baja, es decir en la oferta de dólares baratos, ha constituido una prima para las importaciones y una barrera para las exportaciones no petroleras. Para contrarrestarla en sus peores efectos el Gobierno Nacional ha tenido que recurrir con frecuencia, en los últimos veinte años, al pago de subsidios, primas y cambios diferenciales a los productos venezolanos de exportación.

Junto con los dólares baratos, la afluencia de divisas ha traído el aumento de la circulación monetaria. Este aumento de la circulación ha sido uno de los factores que ha influido en el alza de precios por mayor y en el costo de la vida. El índice general de precios al por mayor pasa del nivel de 98,27 en 1940, a 134,12 en 1944; 173,50 en 1948; para llegar a 176,42 en 1952. El índice del costo de la vida en Caracas pasó de 100 en 1945, a 126 en 1948 y a 150 en 1952. Más que el efecto de una típica inflación monetaria, estos índices reflejan el aumento del ingreso exterior.

A estos movimientos ha correspondido un alza de salarios. De los estudios del Banco Central sobre los salarios en Caracas en los últimos siete años, resulta que el salario nominal medio por día, pasó del índice 100 en el primer semestre

de 1946, a 239,4 en el segundo semestre de 1952. Este aumento no sólo es nominal, es decir en moneda, sino que también es real, es decir, en poder adquisitivo. El índice del salario real, que es el que resulta de la comparación del salario en moneda con el costo de la vida, señala que del índice 100 en el segundo semestre de 1946, el nivel del salario real subió a 163,3 en el segundo semestre de 1952.

Estos dólares baratos que facilitan las importaciones y obstaculizan las exportaciones; estos salarios altos que aumentan el poder adquisitivo del mercado interno pero que también hacen subir el nivel de los costos de producción venezolana por encima de los que pudiera considerarse como el nivel de los mercados mundiales, haciendo difícil a nuestra producción no sólo llegar a ellos sino hasta competir con la importación, el efecto inflacionista que han tenido muchas veces los gastos públicos, todas estas causas, entre otras, le han dado a nuestra economía uno de sus aspectos más singulares, como es el de su relativo aislamiento con respecto a los niveles de la economía mundial. Ha sido la nuestra una especie de economía en vaso cerrado, confinada al mercado interno, cuyo poder adquisitivo se alimenta con los proventos del petróleo y que permite que sus costos y sus precios no guarden relación directa con los correspondientes costos y precios mundiales. No es una economía aislada, en el sentido de la autarquía, sino más bien una economía de una sola vía, en la que la producción y las importaciones convergen al mercado interno, sin que para compensar ese movimiento se dirija al exterior, prácticamente, otra cosa que petróleo. Podríamos casi decir que Venezuela es como una península económica, aislada, por el cambio, los precios y los costos, del intercambio con el extranjero y unida a la economía mundial por un solo producto: el petróleo.

Esta economía en vaso cerrado o esta peninsularidad económica de Venezuela es uno de los rasgos fundamentales y más dignos de tener en cuenta de su situación actual.

El hecho de que, en grado dominante, la fuerza principal de la actividad económica venezolana sea el petróleo, ha dado a los canales de su distribución una importancia decisiva en la orientación de nuestra coyuntura económica. La riqueza petrolera entra a circular en el país por dos fuentes principales, a saber: los gastos de las compañías explotadoras en compras, inversiones y salarios; y, por otra parte, el Presupuesto Nacional.

El aumento extraordinario experimentado por el Presupuesto Nacional ha estado alimentado directamente por el petróleo. Según el análisis practicado por el Banco Central de Venezuela sobre los ingresos fiscales de 1952, resulta lo siguiente: sobre 2.395 millones de bolívars de recaudación total la renta de hidrocarburos representó el 34,33 por ciento, o sea algo más de la tercera parte. A esto es menester añadir la mayor parte del impuesto sobre la renta, que es



contribuido por compañías petroleras. En efecto, en 1952, sobre un producido total de 649 millones de dicho impuesto, la parte pagada por las empresas petroleras sumó 524 millones, o sea el 81 por ciento de lo percibido por ese título. Esto significa que la contribución directa del petróleo al Fisco sumó ese año 1.347 millones de bolívares o sea bastante más de la mitad de los ingresos totales del Tesoro. Pero no es eso todo; en una forma indirecta otras rentas dependen de la explotación petrolera, como por ejemplo la renta aduanera, que representó el 15 por ciento de los ingresos totales de ese año. La renta aduanera se percibe sobre las importaciones y las importaciones se pagan con las divisas de que dispone el país, las cuales en proporción de más del 98 por ciento fueron de origen petrolero en 1952. De manera que, en el presupuesto de 1952, alrededor de las cuatro quintas partes del total de ingresos dependieron directa o indirectamente de la explotación petrolera.

Esta situación fiscal ha hecho del Estado venezolano el principal centralizador y dispensador de la riqueza petrolera, y le ha dado, en consecuencia, una participación activa y creciente en todas las formas de nuestra vida económica. El Estado ha llegado a ser así gran productor, financiador y consumidor.

Se ha convertido, por ejemplo, en el mayor terrateniente. Inmensas extensiones de tierra agrícola y de pastos han pasado a su dominio. Además de las tierras baldías, desde el Caura hasta los valles de Aragua y desde el Táchira hasta la costa de Paria muchos de los mejores fundos han pasado, por diversos títulos, a ser de su propiedad. Todo el sistema de silos es del Estado y la casi totalidad del crédito agrícola, que antes del petróleo estaba en manos de particulares, depende ahora de organismos oficiales.

En materia de industrias es preponderante su participación como empresario en electricidad, azúcar, textiles, grasas, hoteles y en la industria de la construcción.

En materia de crédito se puede decir que es el principal banquero nacional. La mayor parte del crédito a largo plazo está en sus manos, especialmente, el agrícola y el industrial.

En materia de transportes su actividad es preponderante. Es el solo dueño de ferrocarriles, propietario de las únicas líneas regulares de navegación internacional y de cabotaje y de dos de las tres líneas aéreas comerciales con tráfico de pasajeros que prestan servicio dentro de las fronteras nacionales. No es distinta su posición en materia de comunicaciones. Le pertenecen los telégrafos, es principal empresario de teléfonos y telecomunicaciones, y opera estaciones de radio y de televisión.

Si a esta vasta intervención como empresario añadimos la que, en virtud de las Leyes, tiene en el comercio exterior por medio de los aranceles, los cupos y los permisos de importación; en la fijación de precios, y como único propietario de todo el subsuelo minero, tendremos una imagen aproximada del verdadero y extraordinario poderío económico del Estado venezolano.

Muy lejos, estamos, por obra del petróleo, de aquellos días de fines del siglo XIX, en que el Fisco paupérrimo, iba a mendigar a las puertas de la Banca privada y del comercio, algún mezquino anticipo para poder pagar los sueldos de los funcionarios públicos.

Si tratáramos de aplicar a lo que ha ocurrido, desde este punto de vista, en Venezuela en los últimos treinta años, alguno de los rótulos que ha creado la doctrina económica, ninguno sería más apropiado que el de capitalismo de Estado. Es el Estado el que, con el dinero petrolero, ha actuado directa o indirectamente, como agente, para hacer entrar la Venezuela de economía colonial, que habíamos recibido del siglo XIX, en la etapa inicial del capitalismo moderno.

Ese capitalismo de Estado, que es uno de los hechos resaltantes de la transformación que el petróleo ha causado, puede ser juzgado favorable o adversamente, según los puntos de vista doctrinarios de quienes lo consideren, pueden señalársele graves errores, pero con todo ello no constituye menos un hecho real y decisivo, cuya influencia se deja sentir profundamente en el presente y se ha de sentir en el futuro de esta nación.

La posición de gran dispensador de la riqueza petrolera, ha llevado al Estado a convertirse en empresario, en financiador, en gran productor, en gran consumidor, en gran empleador y ha concentrado en sus manos la mayor parte de lo que de la riqueza petrolera se gasta y también la mayor parte de lo que de la riqueza petrolera se ahorre y se invierte.

Sería posible imaginar un proceso distinto. Un proceso por medio del cual los propietarios del suelo lo hubieran sido también del subsuelo en el que la riqueza petrolera se hubiera distribuido regionalmente y hubiera ido en primer término a manos particulares, y en el que esos particulares hubieran sido los empresarios y los creadores del capitalismo venezolano y el Estado hubiera participado en la riqueza, por medios puramente impositivos, recibiendo su participación de las personas jurídicas y naturales que hubieran sido sus propietarios. Pero no ha sido así, no ha creado el petróleo un capitalismo poderoso que a su vez haya enriquecido al Estado, sino que es el Estado directamente el que ha recibido el flujo de esa riqueza y el que su arbitrio, y en segundo grado, lo ha hecho llegar a las personas de derecho privado.

Esa concentración de la riqueza petrolera en manos del Estado, ha traído a su vez consecuencias políticas y sociales.

Ya hemos señalado algunas, que ahora completaremos. Para 1926 la población venezolana alcanzaba, después de un lento y difícil proceso de desarrollo, la magnitud de tres millones de habitantes. La pobreza, las guerras, la insalubridad, la escasa capacidad productiva, la baja capacidad de consumo, no le habían permitido desarrollarse. El paludismo, la mortalidad infantil, las enfermedades de origen hídrico, la diezmaban... El crecimiento vegetativo por mil habitantes llegó a bajar a 10 y hasta 6. La inmigración era nula. En vastas regiones la población descendía y algunas viejas ciudades comenzaban a ser abandonadas y a convertirse en cementerios ruinosos. La mayor parte de esa población era campesina, y habitaba en aldeas, caseríos y diseminadas chozas. Tan sólo el 15 por ciento de la población total habitaba en centros urbanos de más de cinco mil habitantes. Estaba concentrada en las haciendas y ciudades de la zona montañosa del Norte del país, una pequeña parte languidecía en el Llano, y más de la mitad del territorio nacional, constituido por la zona guayanesa, al sur del Orinoco estaba prácticamente deshabitada.

Para el censo de 1950 esta situación había experimentado grandes cambios. La población había alcanzado el nivel de cinco millones de habitantes, habiendo casi doblado, y lo que es más importante, más de la mitad de esa población era urbana y vivía en centros de más de cinco mil habitantes. Esto significa que, en los veinticuatro años transcurridos, Venezuela había dejado de ser el país de campesinos, que había sido desde el siglo XVI.

La población aumenta movida por una dinámica nueva. El coeficiente de natalidad por mil habitantes, que en 1935 era de 27 llega a 46 en 1953; mientras en el mismo lapso el coeficiente de mortalidad descendía de 16 a 10, lo que significa que el crecimiento vegetativo de la población subió en el transcurso de esos dieciocho años de 11 a 36 por mil habitantes, que es seguramente uno de los más altos del continente. La capacidad neta de crecimiento anual de nuestra población llega así a 188.000 habitantes en 1953. Este extraordinario desarrollo refleja el resultado de una mejor higiene, de una mejor alimentación, de una mejor asistencia y sobre todo de la casi completa erradicación del paludismo, que no sólo ha eliminado una de las principales causas de mortalidad sino que ha permitido abrir grandes zonas del país a la vida y al trabajo del hombre.

Esas mismas favorables condiciones nos han permitido recibir en los años recientes un considerable flujo de inmigrantes, que han venido, indudablemente, a aumentar la productividad del país y a darle el impulso de que tanto hubieron de beneficiarse otros pueblos americanos de notable desarrollo. De un saldo neto de inmigración que raramente sobrepasó la cifra de un millar por año, hemos llegado a sobrepasar en algunos años cercanos el número de 40.000, y para 1953 la suma total de extranjeros y naturalizados alcanzaba el ya importante volumen de 297.000 personas.

La población que había permanecido acorralada en la zona montañosa del Norte, en una quinta parte del territorio, comienza a invadir la llanura y a penetrar en la Guayana; las vías de comunicación y los medios de transporte se desarrollan facilitando el intercambio; para el último Censo once Entidades Federales sobrepasaban los 200.000 habitantes, y la zona metropolitana de Caracas se acerca en nuestros días al millón de habitantes, reflejando el intenso y continuado proceso de centralización que se ha venido efectuando en el país.

No sólo ha aumentado la población sino que también ha crecido con ella la mecanización y la capacidad productiva por trabajador. Según cifras del Banco Central el índice de la producción manufacturera subió de 100 en 1948 a 181 en 1952, en el mismo lapso el índice de la capacidad de producción por trabajador empleado subió de 100 a 151; lo que significa que el aumento de la producción manufacturera se debió en un 30 por ciento a aumento de la mano de obra y en un 51 por ciento a aumento de la productividad por trabajador. Este es uno de los aspectos más auspiciosos de esa transformación porque revela que, por lo menos en una categoría de trabajadores, hay más técnica, más salud y más aptitud para sacar el mejor rendimiento de su esfuerzo.

La concentración de la renta petrolera en el Fisco y el capitalismo de Estado provocado por ella, han tenido otras importantes consecuencias políticas. Ha reunido una suma de poder extraordinaria en el Ejecutivo Nacional. Los Estados y los Municipios dependen de los situados que el Tesoro Nacional les acuerda. Los demás poderes públicos han perdido autonomía. Este acrecentamiento continuo de Poder económico y político en el Ejecutivo, le dan al Estado venezolano una fisonomía peculiar, que cada vez se aparta más de las concepciones doctrinarias que han encontrado expresión en nuestras Constituciones. No será posible comprender la realidad política del país, ni analizar sus instituciones, ni tratar de entender el curso previsible de su historia, sin tener fundamentalmente en cuenta este hecho, que es una consecuencia de la economía petrolera venezolana. Es como si de los pozos de petróleo hubiera brotado una fuerza transformadora que se traduce cada día en fenómenos económicos, sociales y políticos.

No podemos ya contemplar nuestras cuestiones políticas con el criterio simplista de nuestros constituyentes del siglo xix, según el cual bastaría con copiar las instituciones de los países más adelantados para lograr una situación similar a la de ellos. Hoy se nos hace más diáfana que nunca la lección que Bolívar predicó en 1819 y que Fermín Toro, cuarenta años más tarde, trató de enseñar a la Convención de Valencia. De estas realidades debe partir la acción que, reconociéndolas y modificándolas, permita alcanzar los altos ideales humanos que por tanto tiempo hemos perseguido tan vanamente.

La transformación llega también a la vida de la cultura. El viejo país aislado, heredero de los valores culturales y morales del siglo xvii español, sobre los



cuales habían venido pugnazmente a injertarse las teorías políticas del siglo xviii francés, se abre vertiginosamente al mundo de hoy, impulsado por la ola del petróleo: el cinematógrafo, el radio, la televisión, llegan a todas las clases sociales, modismos regionales o extranjeros se hacen nacionales, la música, los cantos, la tradición se mestizan de aportes nuevos; por un coche de caballos surgen cien automotores; por una tertulia, veinte salas de cine; llegan toneladas de libros y revistas; más de 40.000 venezolanos salen al exterior anualmente; millares de estudiantes cursan en universidades y centros docentes del extranjero; sabios, profesores y artistas del mundo entero vienen a dictar conferencias o cátedras entre nosotros; los conciertos y las exposiciones se han multiplicado de un modo extraordinario. Todo esto significa que el venezolano medio está hoy más en contacto con el mundo y más expuesto a las influencias universales de lo que estuvo su antepasado de ninguna otra época. También significa que los valores y conceptos tradicionales que se crearon bajo el imperio de otras circunstancias, sufre y han de sufrir notables mutilaciones y modificaciones, y que el carácter nacional, en muchos de sus rasgos recibidos, está en un proceso de activa metamorfosis.

Tamaño proceso de transformación implica grandes riesgos. Enumerarlos es tarea fácil que se presta mansamente al capricho, al devaneo, a la superficialidad y a la demagogia.

Pero en toda esa transformación que vivimos hay, a mi entender, dos aspectos principales que merecen detenida consideración por parte de todos los venezolanos. Acaso no haya temas más importantes para la reflexión de un venezolano de hoy.

El primero de esos aspectos consiste en que la transformación ocasionada por el petróleo no ha sido uniforme para toda la población venezolana. Hay una parte de ella, la que habita los grandes centros urbanos y los campos petroleros, que disfruta de un gran número de beneficios y privilegios desconocidos para el resto de los habitantes. Hay obreros venezolanos que gozan de altos salarios, prestaciones, asistencia médica, refrigeración, electricidad, transporte, casa moderna, alimentación rica y variada, deportes y diversiones y otros en cambio, que viven en chozas semejantes a las que levantó Francisco Fajardo, y que para todo lo que se refiere a comodidades y progreso, prácticamente, no han salido del siglo xvi. Hay modernas explotaciones agrícolas con irrigación, tractores y maquinarias y hay millares de conucos donde se cultiva con los mismos primitivos métodos que el español enseñó al indio.

Coexiste un sector económico de la más alta eficiencia productiva, como es el de la industria del petróleo y muy pocas otras, con otros sectores productivos, anticuados o en iniciación y por lo tanto ineficientes.

Ante nuestros ojos surge una Caracas novísima, toda en rascacielos y de cristal y acero, en viaductos, en autopistas, en dispositivos de tránsito a varios niveles que, a ratos, parece la concepción urbanística de una ciudad del futuro, que ha cortado violentamente con todo lo que representaba nuestra tradición y nuestro estilo de vida, pero en los mismos cerros que la circundan cerca de 300.000 habitantes viven en chozas. Según los datos oficiales del Censo de 1941, el 60% de las viviendas existentes en el país eran ranchos; de los cuales no menos del 90% eran de techo de paja, de piso de tierra, carecían de agua corriente, arrojaban las basuras al descubierto y no tenían letrina de ninguna clase. Más de la mitad (54%) de la población venezolana vivía en estas lamentables condiciones.

No se conocen aún las cifras correspondientes del Censo de 1950, pero es evidente que, a pesar de lo mucho que se ha hecho, por los organismos oficiales y por iniciativa particular, buena parte de nuestros habitantes continúa en las mismas atrasadas condiciones.

Una población emocional y socialmente desajustada, de conuqueros, trabajadores manuales no calificados, de millares de niños y adolescentes abandonados, se mueve o tiende hacia las ciudades y las regiones donde brilla el avariento atractivo de la riqueza petrolera, como si quisieran pasar, por una operación de magia colectiva, de las aldeas y pueblotes que no han salido todavía de lo más dormido de nuestra época colonial, a la abundancia, el dinero y el lujo de las pródigas ciudades donde se concentra la riqueza nueva.

Esto representa un difícil período de transición por el cual Venezuela, por zonas, clases y actividades, va pasando de la estrechez y el atraso a la abundancia. Esto crea violentos contrastes y graves desigualdades que llevan a concebir que, mientras este proceso no se complete, van a subsistir lado a lado dos Venezuelas profundamente distintas, con muy graves recelos y diferencias entre sí: la Venezuela que no ha salido del pasado, con sus viejas casas, sus viejas tradiciones, sus primitivos sistemas económicos; y la Venezuela del petróleo, de rascacielos, lujosos automóviles, instalaciones costosas de placer, y lujo cosmopolita; la Venezuela de terratenientes patriarcales y peones, y la Venezuela de comerciantes, constructores, industriales, técnicos y creciente clase media; la vasta Venezuela que toca arpa y se divierte en las riñas de gallos, y la de las ciudades que envía 40 millones de espectadores en un año a las salas de cine; la Venezuela de alpargata, machete, sombrero de cogollo, rancho y cazabe; y la Venezuela de los hoteles de gran lujo, de los automóviles más costosos del mundo, de los más famosos modistos, de los más célebres joyeros, la que importa por 12 millones de bolívares de whisky, en un año y por más de 21 millones de brandy. Es decir, una Venezuela que estaría representada en su mejor personificación en la montañesa, sosegada y laboriosa ciudad agrícola de Boconó y otra, enteramente distinta, que podría mirarse en la inorgánica, inestable, agitada y bulliciosa ciudad de El Tigre.

Estas dos Venezuelas coexistentes las ha separado el petróleo, y es, precisamente, por medio de la inversión de la riqueza petrolera como deben llegar a desaparecer integradas y fundidas en un solo país solidario, donde los niveles de bienestar, de productividad y de cultura no se rompan en violentos contrastes y fallas, sino que se integren sobre una base sana y firme de prosperidad, estabilidad y progreso, accesible a todos.

En este punto, surge el otro básico aspecto negativo de la riqueza petrolera. Éste es el de la peligrosa vulnerabilidad y fragilidad de la situación económica de un país que depende en un grado tan alto del mercado internacional de un solo producto, como Venezuela depende del petróleo. Un grave colapso petrolero sería casi mortal para la Venezuela de hoy. Las cifras que hemos citado a lo largo de esta exposición revelan hasta qué grado extremo la economía venezolana depende de la exportación del petróleo. La defensa contra esa amenaza consiste simplemente en aumentar la capacidad productiva de Venezuela en otros renglones. Aprovechar la abundancia de medios financieros que el petróleo nos depara para incrementar la producción agrícola e industrial, para poner en valor nuevas porciones del territorio, para iniciar nuevas explotaciones mineras.

Hace ya diez y nueve años que tuve la suerte de encontrar una expresión sencilla y clara que sintetizara el objetivo más perentorio de la política económica venezolana. Esa frase, que no vale más de lo que valen todas las frases, fue la de “sembrar el petróleo”. Cuando dije “sembrar el petróleo”, quise expresar rápidamente la necesidad angustiosa de invertir en fomento de nuestra capacidad económica el dinero que el petróleo le producía a esta Venezuela, por tan largo tiempo desvalida.

Desgraciadamente no es esto tan fácil de hacer, como de decir. La misma economía petrolera crea obstáculos y dificultades peculiares. El dólar bajo constituye una prima para las importaciones y un gravamen para las exportaciones. Los altos costos de nuestra producción, hacen difícil producir, en los más de los casos, en la cantidad suficiente y a los bajos precios que permitirían, con beneficio atractivo, competir con los productos importados. Dar empleo a un trabajador, según cálculos aproximados recientes, necesita una inversión de 40.000 bolívares en la agricultura, de 65.000 bolívares en la industria y de 20.000 bolívares en comercio y servicios. Esto significa que el aumento de nuestra población, y el consiguiente incremento de nuestra producción para mantener sus niveles actuales, requerirán una inversión no menor de 62 mil millones de bolívares en los próximos veinticinco años, lo que exige una capacidad de ahorro y de formación de nuevos capitales superior a la que hasta ahora hemos tenido.

A la conquista del mercado interno, creado por el desarrollo de la explotación petrolera debe, en primer lugar, dirigirse nuestro esfuerzo de producción, pero sin perder de vista que todo producto que no tenga posibilidades seguras de



subsistir sin protección constante, lejos de constituir la creación de una nueva riqueza, representa, sin duda, una pérdida de la riqueza existente. En esa especie de predio cerrado que es el mercado interno, creado por la participación nacional en la riqueza petrolera, debemos esforzarnos en fomentar todas las formas de producción razonable, pero sin perder de vista que deben ofrecer la garantía de poder subsistir, el día, en que nuevas circunstancias hagan necesario o deseable que la valla protectora baje o desaparezca. De lo contrario no tendremos sino una producción, dentro de un invernadero de derechos protectores y primas, que jamás podrá abandonar la estufa sin perecer.

Resolver de un modo satisfactorio y progresivo estas cuestiones es la grave responsabilidad que tenemos planteada ante nosotros los venezolanos de nuestro tiempo. Una cuestión que no es sólo de la responsabilidad de los hombres que ejercen el Gobierno, sino de todos y cada uno de los seres que en esta tierra vivimos esta hora, una responsabilidad que no es sólo del Magistrado sino también del empresario, del agricultor, del técnico, del periodista, del profesional, del maestro, del trabajador manual, porque de la forma en que todos y cada uno acometan su parte de tarea, empezando por el Legislador y terminando por el ama de casa, que al hacer su compra en el abasto puede ayudar o no a que se siembre el petróleo, depende que este país logre consolidar su riqueza presente y hacer seguro el porvenir.

De la imagen geográfica de la península económica podemos pasar sin transición a la imagen marinera. La situación descrita crea para Venezuela dos peligros contrarios e igualmente temibles. Como la nave de Ulises, se halla en el temeroso estrecho que tiene a un lado Escila y al otro Caribdis, con sus rocas y corrientes destructoras. De un lado está la engañosa tentación de abaratar los precios y facilitar la vida por medio de la supresión de aranceles protectores y barreras a la importación, que nos convertiría en una especie de vasta Araba, poblada de petroleros y comerciantes, donde muy pocas cosas, fuera del petróleo, podrían producirse en libre competencia con los productos más baratos y especializados en todos los países del mundo. Del otro lado está el peligro de caer en la manía autárquica de producir de todo, sin consideración alguna por los costos, creando absurdos artificios protectores, financiados con petróleo, que al final habrían de afectar los costos mismos de este producto colocándolo en una situación marginal en los principales mercados. Ambas situaciones no harían sino acentuar de un modo extremo la fragilidad de nuestra situación económica y nuestra dependencia de la explotación de los hidrocarburos.

Lo razonable parece estar en seguir un difícil, y constantemente rectificado, curso medio que nos libre de aquellos dos riesgos extremos. No vamos a ser ni el país que produce de todo a los precios más altos del mundo, detrás de una muralla china de protección fiscal, ni tampoco el país que importa de todo a los precios más bajos del planeta, entregado a la extracción de materias primas

del subsuelo y al comercio de importación. Cualquiera de las dos sería una solución monstruosa y mutiladora del destino de nuestro pueblo. El fin común no puede ser otro que el de constituirnos en una nación normal, con toda la producción, el comercio y los servicios que las presentes condiciones físicas, económicas e históricas permitan desarrollar sanamente. Lo demás sería despilfarrar tiempo y recursos en crear la ilusión de una producción física que acaso, en gran parte, no podría transformarse nunca en verdadera producción económica. Producir no es otra cosa que crear riqueza, es decir, lograr un producto que represente como riqueza un valor superior al de los elementos que hubo que consumir para crearlo. Si el valor mundial de la riqueza petrolera, o de su equivalente en moneda, invertida para lograr un producto determinado resulta superior al valor mundial del mismo, se está en cierto modo en presencia de un artificio económico, que a la larga puede ser peligroso aunque el empresario, dentro de las condiciones anormales creadas en nuestro mercado interno, logre un beneficio monetario.

Hay que repetirlo: el problema fundamental de Venezuela es de producción, es decir, producir más de todo lo que podamos, a precios de costo que estén lo más cerca posible de los precios mundiales: en agricultura, en industrias, en minas, en servicios. Necesitamos liberarnos, como quien se libera de un peligro de muerte, en la forma más razonable y pronta de la peligrosa dependencia en que todavía nos hallamos con respecto al petróleo. Para ello debemos invertir, al máximo de nuestra capacidad, la riqueza que directa o indirectamente nos proporciona el petróleo, en desarrollar, en el menor plazo posible, y en la forma más sana y eficiente, otras fuentes de producción y de actividad económica, en todas las zonas adecuadas del territorio nacional. De ello y de más nada, depende que el petróleo no sea una transitoria etapa de abundancia, una corta época de vacas gordas, que va a pasar, indiferente a los requerimientos del porvenir del país y ligada únicamente al destino de los hidrocarburos en el mercado mundial, como ha sido tantas veces el caso de la fugaz bonanza de las regiones mineras, Klondykes y Callaos pasajeros como febriles delirios, sino por el contrario, el punto de partida definitivo y la base fundamental de una larga era de riqueza estable, creciente y diversificada para Venezuela y para todos sus habitantes.

La voluntad creadora y la vivaz inteligencia de los venezolanos, que en tantas pruebas pasadas brillaron con esplendor heroico, en las grandes horas de la conquista de la Independencia y de la forja de la nacionalidad, no han de estar en mengua en esta otra hora no menos grande y decisiva. La posteridad no habrá de decir de nosotros el melancólico epitafio que los últimos pobladores de Cubagua pusieron al islote yermo antes de abandonarlo, terminando en catástrofe el sueño de las perlas "... apenas levantado, cuando del todo caído", sino que, por el contrario, habrá de reconocer, agradecida, que, con los inevitables errores

y desvíos, los venezolanos supieron utilizar del petróleo aquella venturosa circunstancia para crear una nación rica, próspera y feliz a la que el mundo habrá de contemplar con respeto y admiración.

Yo no soy pesimista. No hay derecho a ser pesimista en un país tan lleno de posibilidades materiales y donde la planta hombre nunca ha dejado de florecer con vigor. Tampoco soy de los que tienden a caer en ese peligroso optimismo beato de que el azar de la riqueza habrá de resolver para nosotros todos los problemas sin esfuerzo de nuestra parte. Si así fuera no seríamos dignos ni de esa riqueza, ni del nombre de venezolanos. Es mucho lo que se ha hecho y lo que se ha avanzado, pero no será posible alcanzar plenamente los vitales objetivos de nuestro tiempo a menos que todos, a una, nos pongamos con decisión a la tarea.

No es de los humanos el privilegio de escoger el tiempo de nuestra vida. A unos les tocan los siglos serenos y apacibles de cosechar y disfrutar el trabajo de los padres, a otros, en cambio, les toca el tiempo de sembrar, de enrumbar, de fundar, de crear. No sólo son los tiempos de guerra y de escasez los difíciles, también lo son las épocas en que la riqueza y el poderío pueden escaparse de las manos perezosas. Son esos tiempos difíciles y riesgosos los que sirven para poner a prueba la textura del alma de los hombres y de los pueblos. Las generaciones que no saben comprender las tareas de su época quedan fallidas en la historia. Somos los venezolanos del tiempo de la inmensa y compleja revolución petrolera. Sepamos serlo con inteligencia, con energía y con grandeza, y habremos ganado para este pueblo una dura y larga batalla que la posteridad no estimará menos que Carabobo o Ayacucho.

Éste es el tema, primordial para nuestro presente y nuestro porvenir, que me permito recordar, porque no debemos olvidarlo ni un momento, en el día en que recibo la honra de tomar un asiento para venir a participar en vuestras sabias deliberaciones, señores Académicos.



---

## Una oración académica sobre el rescate del pasado\*

**Uslar Pietri**  
**Arturo Uslar Pietri**

La historia está presente y nos rodea en todas las horas, porque no es otra cosa que la vida. Soy uno de esos que la siente palpitantes en todas las formas del pensar y del hacer social. La he sentido viva en mi vida de venezolano, he asistido a su nacimiento diario en mis horas de acción política, he tratado de revivirla en obras de ficción, he meditado sobre ella en largas horas de pensamiento escrito o tácito, la he buscado en los tratados de los eruditos y en las colecciones documentales con el ansia de un hombre que siente que en ella está la clave de su propio ser junto con el destino de su pueblo, sin embargo, con todo esto no soy un historiador, sino a lo sumo un venezolano consciente de vivir dentro de la historia, tejido en sus hilos, enfrentado a sus enigmas, atado a su curso y necesitado de entenderla para poder vivir y justificar su vida de una manera más plena.

Esto explica que me sienta algo intruso en esta Casa de la Historia Venezolana, que es como decir la casa de Venezuela, a la que, con generosidad y llaneza, me habéis invitado a entrar y a ocupar un puesto junto a vosotros, señores académicos, que yo me he apresurado a aceptar, honrado y agradecido, sin mirar a la flaqueza de mis merecimientos sino a la espléndida oportunidad que me brindais de venir en medio de vosotros a saciar mi vieja pasión de aprender y comprender.

\* Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia pronunciado el 11 de agosto de 1960. Extraído “Del hacer y deshacer de Venezuela”, publicaciones del Ateneo de Caracas, 1962, pp. 173-190.



Esta grata emoción se empaña de tristeza al recordar el nombre de mi predecesor en el seno de esta docta Academia, el señor Doctor Eduardo Röhl. Aquel cumplido caballero, flor de la cortesía venezolana, aquel enamorado de la ciencia, a la que buscó sin tregua en los libros, en los laboratorios y en los campos, aquel descendiente espiritual de Alejandro de Humboldt, de cuya memoria hizo un paradigma; aquel gran servidor del país, que, por encima de todas estas cosas, fue para mí un amigo.

La obra de Eduardo Röhl, estuvo lo principalmente dirigida a la investigación y a la difusión en el campo de las ciencias físicas y naturales. Estaba movido por la pasión abstracta del conocimiento exacto que sólo brindan las matemáticas, y nada le complacía más que irse de excursión a los bosques y a los montes para identificar especímenes, para localizar variedades o para hacer la medición geodésica de algún punto del territorio.

Conoció y estudió los trabajos de los grandes descubridores y exploradores de nuestra naturaleza, de cuya familia espiritual entró a formar parte, teniendo como altísimo patrón la venerable figura de Humboldt. Al gran sabio de Tégel dedicó muchas de sus estudiosas horas, reunió sus obras, siguió sus itinerarios, buscó sus huellas luminosas en nuestra tierra, coleccionó su iconografía, le consagró numerosos trabajos de interpretación y divulgación, y llegó a ser en dedicación y conocimiento el más autorizado de nuestros humboldtianos.

La tierra se hace historia desde que el hombre la toca. A la zaga de los exploradores y de los descubridores científicos de Venezuela, Eduardo Röhl fue haciendo la historia de la revelación de nuestra naturaleza. La hizo con gracia y acierto en sus *Exploradores famosos de la naturaleza venezolana*, donde recoge las andanzas y hallazgos de aquellos hijos andantes de la ciencia y del espíritu romántico que rescataron para Venezuela su prodigioso legado de geografía, flora y fauna. Allí figuran desde Humboldt hasta Goering y Sachs, pasando por Appun, Karsten y Linden, y sin olvidar al delicioso paisajista que fue Bellermann, que vino a dejar el más hermoso testimonio del paisaje venezolano para poblar de añoranzas los ojos seniles de Humboldt.

Parte notable de esta importante tarea de historiador de nuestra naturaleza la dejó Röhl en la vasta obra inédita que consignó en esta Academia en la oportunidad de su incorporación. Tiene por tema la *Historia de las ciencias geográficas de Venezuela* y comprende en ordenada síntesis la información de lo que aportaron para el conocimiento de nuestra tierra los Descubridores y Conquistadores, luego los Misioneros y más tarde las expediciones científicas.

El emisario de las aves, los ríos, las piedras y los bosques era Eduardo Röhl en el seno de esta Academia y por lo mismo era como la insustituible conciencia del hecho natural en el coloquio de los historiadores. Grande por lo tanto es su ausencia y justa la dolida rememoración de sus méritos, que fueron muchos y verdaderos.

Al rendir homenaje a esta noble figura desaparecida, no hago, en cierto modo, otra cosa, que labor de historiador, que consiste sobre todo en rastrear en el presente las grandes presencias del pasado. Cuando se le preguntaba a Ciriaco de Ancona, uno de los adelantados del Renacimiento, para qué se había puesto a reunir con tanto interés restos e inscripciones de la antigüedad, respondía: “Para despertar a los muertos”. Para despertar a los muertos, señores académicos, existe esta casa y estamos aquí congregados hoy.

Los viejos historiadores solían decir que la historia es la maestra de la vida y con ello apuntaban, más con un propósito moral que histórico, a la conveniencia de estudiar el pasado para no incurrir de nuevo en los mismos errores en el presente. En estos tiempos de historiografía científica sería difícil subscribir por entero a este concepto que casi reduce la historia a una lección ética, pero, en cambio, cada vez nos resulta más evidente que la imagen que un pueblo llega a formarse de su historia está entre los agentes más activos de la comprensión de su presente y de la proyección de su futuro. De la forma en que lleguemos a concebir nuestro pasado depende en mucho la manera como vamos a entender y a enfrentarnos a los trabajos del presente.

Si la imagen que la historia da a un pueblo de su propio ser colectivo y de su quehacer fundamental en los tiempos es una visión de orgulloso sacrificio y entrega a ideales intemporales, será muy difícil llevarlo a acometer las ordinarias tareas del taller, del camino y del mercado que es la ocupación de la gente organizada y productiva.

Una historia como la del Padre Mariana, hecha toda en tono heroico, no podía tener otro fin que el de hacer de los castellanos meros añorantes de una cruzada sobrehumana, mal avenidos con las mezquinas necesidades de la vida ordinaria. De esa imagen más poética que histórica, y acaso por lo mismo más efectiva, lo que surgía era un mandato de conquista, de señorío y de guerra de Dios, tan imperativo y convincente como el que los romanos recibieron, emocionalmente, de la *Eneida*, que fue para ellos, esencialmente, la imagen de su misión frente al mundo subalterno de los peregrinos y de los bárbaros: “Tu regere imperio populos”.

Hombres y pueblos, en gran parte, somos lo que creemos ser. Para un pueblo que por siglos vio su imagen patente en el *Poema del Cid*, visión poética de extraordinaria eficacia histórica, tenía que parecerle indigno de su condición todo lo que no fuera la guerra santa para establecer el señorío sobre los infieles. “Venid a ver cómo se gana el pan” dice Mio Cid a las mujeres de su familia para que se asomen a las torres de Valencia a verlo combatir contra el rey moro, con la sangre “por la loriga ayuso destellando”. Para el granjero de la Nueva Inglaterra, para el comerciante de la Hansa, para los burgueses que pintaron los flamencos, para los marinos de Génova, para los mercaderes de la City, no era eso, precisamente, lo que llamaban “ganarse el pan”.



La imagen que un pueblo llega a hacerse de su pasado forma parte esencial de la noción de su propio ser y determina la concepción de su posición ante el mundo. Es su modo más común y certero de tomar partido y de fijar rumbo. No pocas veces esa visión del pasado llega a convertirse en una traba para incorporarse eficazmente al presente y a sus nuevos requerimientos.

Por desgracia esa imagen del pasado es, generalmente, el resultado de una operación de mutilaciones, preferencias y prejuicios que los historiadores han hecho sobre la materia historiable. En este sentido toda la historiografía ha sido, en mayor o menor grado según los casos, "ad usum Delphini". La historia de Mariana tendía a dar permanencia al ideal imperial para los españoles; la historia de Bossuet buscaba afirmar lo teológico sobre lo humano; la historia de los románticos quería fiarlo todo a la acción de los héroes y de los ideales populares; la de los positivistas no quería ver sino los resultados de las grandes circunstancias permanentes; la de los marxistas no tiene otro fin que presentar a la revolución social como remate, corona y fin de la historia.

La gran tarea de la historiografía científica en nuestro tiempo está en llegar a escribir una historia sin intenciones, que sea a la vez el reflejo y la explicación del quehacer humano en todas sus dimensiones y variedades, donde junto a la fuerza del hecho económico, esté el poder de la creencia; donde junto a la acción del héroe esté la acción del medio; donde junto a las técnicas de trabajo estén las obras del pensamiento; donde junto a la estructura social esté la concepción cultural; una historia de los trabajos, de las acciones, de los pensamientos y de las creaciones; una historia de los grandes hechos y de las diarias tareas, una historia en que esté lo universal junto a lo peculiar de cada pueblo. Una historia del hombre entero para la comprensión completa del hombre.

Aun cuando más cerca que en ningún otro tiempo, lejos está todavía de ese ideal la moderna historiografía, pero si nos volvemos hacia la historia que hemos solido escribir de Venezuela, encontraremos que está entre las más alejadas de ese objetivo de comprensión y de integración total. Por ello, a pesar de haber tenido tan largo linaje de grandes escritores de historia como tenemos, no se exagera mucho al decir que escribir la historia de Venezuela es una gran empresa nacional todavía en gran parte por hacer. Es casi la empresa previa de un país que tiene que comenzar por reconocerse para poder emprender con suficiente seguridad la empresa de hacer un futuro que esté de acuerdo con sus ambiciones realizables.

La historia de Venezuela, en la forma en que más activamente influye sobre la mente del venezolano medio, que es precisamente la de los manuales elementales que aprenden nuestros niños, es un relato parabólico segmentado en tres tiempos. Es decir, una historia caprichosamente organizada en torno a una perspectiva arbitraria, con un borroso arranque, una culminación breve y fulgurante y una interminable decadencia.

En ese coto de tiempo de cuatro siglos y medio el autor de nuestro manual se coloca como un pintor del “cuattrocento”, sobre la eminencia de la gloria militar de la Independencia y deja que las cosas se organicen en perspectiva, es decir, en magnitudes y relaciones determinadas por las limitaciones subjetivas de la mirada de un contemplador. Más sabio acaso hubiera sido colocarse como el vitralista de Chartres ante la leyenda carolingia, que la logra representar toda en simultáneos fragmentos, con la variedad fluida y múltiple de la vida verdadera y del verdadero paisaje.

Todo el primer plano de nuestro manualista está hecho de los grandes hombres y de los grandes hechos de nuestra Independencia. Más espacio ocupa uno cualquiera de los combates librados en esos quince años de heroica guerra, que los largos tiempos de domesticar el cacao y de introducir el trigo; más abulta el incidente de Asamblea que ocupó unos días, que el lento y difícil proceso humano, económico y cultural de la fundación de los pueblos sobre la rugosa haz de nuestra geografía; más se detiene en la biografía de un guerrillero que en el pausado cultivo de incorporación de nuestra sensibilidad al barroco.

Los tres siglos de vida colonial en los que literalmente se hace el país y cobra algunos de los rasgos más característicos de su fisonomía física y espiritual, se reducen a un puñado de anécdotas de la resistencia de los caciques y de las cuitas de los conquistadores. Es como si toda la existencia colonial no hubiera sido otra cosa que el alba del día de la Independencia; y el siglo y medio posterior de vida nacional, el largo y melancólico crepúsculo vespertino de ese día de sobrehumana gloria. Es casi como si lo único digno de la historia que tenemos hubiera comenzado en 1810 y hubiera concluido para siempre en 1830. Toda la historia de un país reducida a un lapso menor que la vida de una generación.

Muchas veces me he detenido a reflexionar sobre esta curiosa manera de sentir y narrar la propia historia y sobre todas las graves consecuencias que involucra. No es de extrañar que influídos por ella tantos venezolanos hayan mirado con injustificado desdén la gran labor constructiva de la época colonial, o hayan sentido que todo lo que ocurrió después de la muerte del Libertador, es tan sólo el melancólico recuento de una especie de degeneración nacional.

“Los trabajos de la paz no dan materia a la historia; cesa el interés que ésta inspira cuando no puede referir grandes crímenes, sangrientas batallas o calamitosos sucesos” dirá Baralt. Y Juan Vicente González dirá en tono apocalíptico: “Nuestras madres, fecundadas por la libertad, dieron una generación sobrehumana, llena de la llama del cielo y del calor sombrío de la tempestad. Tuvimos héroes de benevolencia; tuvimos varones que concentraron en su cabeza un poder inmenso, que vivificó y sostuvo a la fabulosa Colombia.” Aunque revestido de pretensiones científicas ese tono desesperanzado se mantiene en la explicación

fatalista de nuestros discípulos del positivismo. En nuestros propios días, un hombre de tan pasional sentido de lo nuestro como José Rafael Pocaterra, llega a calificarse a sí mismo, en relación con el tiempo en que le toca vivir, “un venezolano de la decadencia”.

Esta perspectiva, deformante como toda perspectiva, ha destacado la acción violenta y la lucha armada no sólo como las únicas vías para alcanzar la grandeza, sino también como los solos instrumentos del verdadero hacer histórico y ha creado, en la mente del venezolano medio, una imagen heroica de la historia y una inclinación a considerar la violencia como la única forma de la acción creadora, a no aspirar sino a las más inalcanzables promesas y a confiar en la llegada mesiánica del héroe sobrehumano que nos las va a deparar convertidas en realidad gratuita. Es, en verdad, una visión mágica y violenta de nuestro destino la que ofrece nuestro manual de historia.

No hay duda de que los venezolanos tenemos en los hombres y en los sucesos de nuestra Independencia un caudal de gloria, que es a la vez energía moral e invitación a la grandeza para el empeño de alcanzar un destino superior, pero también es cierto que todo lo que de positivo pueda tener esa hazaña cambia su signo al llegar a considerarla como agotada en sí misma, como fruto de un prodigio aislado e inexplicable y al paradójicamente, por eso mismo, del continuo creador y vital de la verdadera historia.

Por cierto podemos tener que no nació Venezuela en 1810. El país que con tan resuelto gesto se encara a la gran hora de la Independencia venía de muy atrás. Venía por descontado de un siglo XVIII muy rico en experiencia humana. Es el siglo en que cobra su fisonomía definitiva el país y en el que se plantean algunas de las grandes contradicciones de su destino. No es menos importante que ninguna batalla la introducción del café que cambia el aspecto de la geografía humana venezolana. No vale menos que ninguna constitución el proceso de acciones y de reacciones que durante medio siglo largo ejerce en nuestro medio la Guipuzcoana. Es un suceso de primera magnitud histórica la introducción de la filosofía racionalista en la Regia y Pontificia Universidad de Caracas. La creación de la Intendencia borbónica, la expulsión de los jesuitas, la Real Cédula de Gracias al Sacar, entre otros hechos, producen profunda influencia en el rumbo de nuestro destino colectivo. Es, sin duda, el tiempo en que las dispersas poblaciones comienzan a sentir claramente que más allá de sus ejidos hay un ámbito nacional al que pertenecen. La cédula de 1777 no es sino el reconocimiento oficial, en lenguaje de escribano, de que existía en el hecho una nación llamada Venezuela.

La historia colonial debe ser entendida por nosotros como la de la formación de la nacionalidad venezolana. En esos tres siglos, duros, magros y estrechos se hizo Venezuela, es decir, un país con una sensibilidad histórica y geográfica,

y con un sentido del rumbo colectivo tan formado, que en su entraña pudieron madurar los grandes adelantados de un gran destino nacional: Miranda, Bolívar y Bello.

Pero tampoco podíamos aceptar que esa historia surge de una manera mítica un día determinado, el día de 1498 en que Colón toca en la Costa de Paria o, acaso, aquel en que se inicia el primer establecimiento permanente en el pelado islote de Cubagua.

No nacen los pueblos como los dioses griegos del azar prodigioso de un hecho aislado, sino de muchas confluencias de acciones y de pasiones, y de muchas confrontaciones de herencia y de presentes, a la manera gravitante de los ríos o a la manera trabajada de la forja de los herreros.

Ese coto cerrado en el tiempo no es la imagen cierta de la historia. Entre los grandes actores de nuestro destino están sucesos, creaciones, concepciones y valores que hemos recibido de fuera y de antes. Hay toda una herencia viva pre-nacional y extra-nacional en la hechura de lo que hoy llamamos Venezuela.

Los hombres que llegaron detrás de Colón eran los portadores de un complejo pasado cultural. Eran castellanos, cristianos viejos, hijos de la historia mediterránea. En la lengua que traían había palabras que venían de los fenicios, y palabras que venían de los romanos y de los griegos. Cuando decían “guerra”, lo hacían con una palabra que les había quedado de las sangrientas invasiones germánicas. Y cuando decían “acequia” rememoraban sin saberlo las prodigiosas artes del riego que durante siete siglos de permanencia introdujeron los moros, en España. Cuando decían “legua”, era como un eco perdido, acaso eco de gaita, del nombre con que llamaban sus heredades los celtas que se habían establecido en las lluviosas riberas del Atlántico, al sur del Finisterre.

Pertenecían culturalmente a la Romania y venían, sin proponérselo acaso, por una mera consecuencia del ejercicio vital, a extenderla a la nueva tierra que habían llamado Costa Firme. Era una nueva provincia de aquella Romania, hija abandonada del imperio, que por encima de las diferencias de lengua, iba a mantener la fidelidad a un espíritu y a una tradición latina, cristiana y mediterránea en las gentes que iban a hacer a España, a Portugal, a Francia, a Italia y a Rumania.

Esos castellanos que vinieron a establecerse en la nueva tierra representaban la hora en que la Romania, salida de la Edad Media, creaba el Renacimiento. Eran hijos de las empresas y de los motivos de esa hora, pero a la manera castellana. La empresa misma de la conquista y población de América es un capítulo central del Renacimiento. No es un mero azar que el nombre de Venezuela brotara de la imaginación florentina de un criado de los Médici, como la ofrenda augural de una vieja medalla, que América Vespucci sacaba del historiado arcón de sus lecturas y de sus correrías de hombre del “cinquecento”.



La empresa de las Indias, como la llamaron los españoles, era, además, en parte una prolongación del espíritu de cruzada y de sojuzgación de los infieles que había animado el Medievo castellano. Tenochtitlán y el Cuzco eran como otras remotas Córdoba y Granada, y pronto se hicieron a la guazábara indígena los que venían de tan largas centurias de enfrentarse a la algarada de los moros.

No sólo la lengua, sino una gran parte de las emociones y nociones de nuestra alma colectiva son herencia de la Edad Media Castellana. El concepto de la ciudad y de la familia, la figura del alcalde y la del cura, la invocación de los santos patronos y la forma de las fiestas populares. La casa de zaguán y de ventana enrejada, el Cabildo, el estrado de las mujeres, el refrán “qué dice la vieja detrás del fuego”, el concepto de la autoridad, de la obediencia, del honor y del buen orden. La idea de la riqueza y la importancia de la salvación del alma, el menosprecio del trabajo servil y el ideal de una vida señorial y caballeresca, todo eso que surge y resurge como la ola en la playa, en el combatido drama de nuestra historia nos viene, por derecha vía, de los castellanos de la Edad Media.

De más consecuencia que muchos combates de nuestra Independencia o de nuestras guerras civiles, fue para nuestro destino de pueblo una batalla como la que los comuneros de Castilla perdieron contra Carlos V, en 1521, a pesar de que en ella no hubiera peleado ningún venezolano, porque allí se cerró para el mundo hispánico, por mucho tiempo, la posibilidad de una evolución ascendente de las instituciones del gobierno representativo. En nuestra larga crisis constitucional pesa con grave peso cierto la derrota de Villalar.

La Bula “Universalis Ecclesiae”, que dictó Julio II, en 1508, estatuyendo el Patronato Real en las Indias, ha tenido más repercusiones en nuestra vida pública que muchas instituciones adoptadas por nuestros Congresos.

El advenimiento del despotismo ilustrado borbónico al trono de España, tuvo más consecuencias para nuestro destino que muchas de las revueltas armadas en las que nuestros manuales de historia se detienen.

Esto significa que esto que por tanto tiempo hemos limitado a ver como una historia local, en gran parte, es la prolongación de un acontecer y de un hacer, que pertenecen a la historia universal.

Venimos por la Edad Media Castellana de la Romania, y por la Romania de una antigüedad mediterránea, latina, griega, hebrea y mesopotámica. Todo eso está vivo y actuante en nosotros en la creencia y en los conceptos, y al través de nosotros en nuestra diaria creación de historia como pueblo. Puede que no lo sepamos, pero nuestro concepto de la dignidad del hombre está en Sófocles, puede que la ignoremos, pero eso que llamamos de un modo confuso libertad y que tan profundamente nos mueve, lo sentimos así porque antes los atenienses habían sentido y conocido la *elefteria* que es acaso la misma emoción.

Cuando hablamos de ley y de justicia, hablamos de la ley y de la justicia que hicieron los romanos, una ley escrita expresada en cuerpos lógicos y una justicia que es la declaración del derecho por medio del magistrado que conoce la ley, y no la de los pueblos orientales o nórdicos que nunca lograremos sentir como nuestra.

En no pocas ocasiones la creencia y las técnicas tradicionales que forman parte de lo más raigal de nuestro pueblo, vienen juntos desde el más remoto pasado. La expedición arqueológica iniciada en 1922 por Sir Leonard Woolley excavó en un punto, entre Bagdad y las playas del golfo Pérsico, las ruinas indudables de la ciudad de Ur. Ur de los Caldeos, según la Biblia, fue la ciudad de donde salió Teraj, con Abram, con Sarai y con sus recuas para celebrar la alianza con Jahveh, de donde brota la corriente del monoteísmo hebraico, que es la matriz del cristianismo. Entre las cosas que sacaron a luz los arqueólogos estaban las ruinas de una casa de ladrillos, de patio central y corredor de madera, contemporánea de Abraham.

Esa casa no la verían con extrañeza nuestras gentes de los Andes o de Los Llanos. Edificaciones similares han levantado los albañiles venezolanos por generaciones y es fundamentalmente la planta de lo que más justificadamente podríamos llamar la vivienda criolla. De la misma remota raíz de milenios nos viene la casa y la creencia, por donde podemos decir que buena parte de nuestro espíritu y de nuestra vivencia salió de Ur en la recua de Abraham.

Proyectada así y tejida en los milenios, podemos contemplar nuestra historia como una rica y venerable herencia moral y material, que salida de los sumerios y de los hebreos pasa por los pueblos más creadores del Mediterráneo y termina por caracterizarse en la Empresa de Indias de la Castilla del Renacimiento.

Sin embargo, ese hacer y ese acontecer, que no cabe en los tres tiempos de la perspectiva de nuestros manuales, no es, ni puede ser una mera prolongación de algo que pasó antes y afuera. Si estuviéramos convocados para repetir o mimetizar una historia hecha y cerrada no tendríamos ni vida ni historia. Ni somos ni pudimos ser nunca una nueva España, porque tampoco somos una mera continuación cultural de la Rumania castellana. En nuestro medio y en nuestra circunstancia hemos constituido un pueblo que ha hecho y hace historia.

En un vasto escenario natural de costas, islas, montañas, llanuras y selvas la historia venida de afuera se convirtió en uno de los protagonistas de nuestra propia historia. El escenario imponía sus condiciones y hubo otros protagonistas importantes.

Hubo, por descontado, el indio, que representa el elemento más telúrico en nuestro sentimiento de la nacionalidad. Sentimos la tierra personificada en el indio. Eso explica la paradoja sentimental de que sintamos más como nuestro

héroe al Guaicaipuro derrotado que al Losada vencedor, a pesar de que nuestras características nacionales sean un resultado directo de la victoria de éste. En vastos aspectos sociales está presente el indio, en el maíz, en la arepa, en el cazabe, en la coa de cultivar, en el rancho en que habita nuestra gente humilde y en el gran hecho social y económico del conuco, como sistema tradicional de trabajo, vida y producción para la mayoría de nuestro pueblo en lo más de su historia.

No está menos presente en nuestra historia como agente creador la cultura del conuco, que el arquetipo intelectual y moral de Las Siete Partidas y de las Leyes de Indias.

No era cultura de la Romania la que aportaba el indio, ni lo era tampoco la que trajo el negro. En la sentina de los barcos negreros con el doloroso cargamento de brazos encadenados, venían lenguas, creencias, mitos, cantos, danzas, concepciones mágicas del mundo. Esa influencia, no sólo como fuerza de trabajo en la producción de los grandes cultivos coloniales como el cacao y la caña de azúcar, sino como contribución espiritual tuvo grande importancia en la formación de nuestro pueblo. Se ha estudiado poco la que pudiéramos llamar la pedagogía de las esclavas en la formación de nuestra alma colectiva. Por lo menos durante dos siglos, en que las escuelas escaseaban y la enseñanza no pasaba de nociones superficiales, las ayas negras, conviviendo con los niños de las clases privilegiadas, les transmitieron todo un rico y oscuro tesoro de nociones, refranes, leyendas y ritmos, que entraron a formar parte indisoluble de nuestra mente y de nuestra sensibilidad colectiva. Simón Bolívar, el más grande de los venezolanos, se complacía en reconocer una segunda madre en la negra Hipólita.

Estos protagonistas en grado diferente tejieron nuestra historia en el escenario de nuestra tierra, en un rico y profundo proceso de mestizaje, del que nace el venezolano. Es este el gran hecho central de nuestra historia y el que hay que comprender para comprendernos.

Hubo un profundo y constante mestizaje entre las culturas y las actitudes vitales de los tres protagonistas. No sólo mestizaje de sangre, que es por descontado el menos importante, sino grande y creador mestizaje de aportes culturales en adaptación constante al nuevo medio social y físico.

Este fecundo y original proceso de mestizaje que nos caracteriza está presente en todas las formas de nuestra vida social y cultural. Hay mestizaje vivo en nuestra lengua, en nuestro folklore, en nuestra literatura, en nuestras costumbres. Son mestizas nuestras técnicas de producción y nuestra arquitectura. La chícura va con el arado romano y la pared de bahareque con el techo de tejas. Junto a variantes activas del romancero castellano, está en la mente de nuestro pueblo, lleno de enseñanzas e incitaciones, el vasto ciclo pedagógico de las aventuras



de Tío Tigre y Tío Conejo que nos dieron los africanos. Hay todo un muestrario del mestizaje, en una fiesta como la de los diablos del Día de Corpus, y lo hay también en la evolución del barroco en las fachadas de nuestras iglesias, en el mobiliario del hogar tradicional, y en muchas prácticas medicinales o mágicas.

Es mestiza nuestra cocina. Un plato tan nacional como la hayaca es como un compendio ejemplar del proceso de mestizaje. Está en ella la pasa y la aceituna de romanos y griegos, la alcaparra y la almendra de los árabes; la carne del ganado de los capitanes pobladores de Castilla, y el maíz y la hoja de bananero de los indios.

Nuestro quehacer histórico, nuestra originalidad histórica, tiene que ver esencialmente con ese proceso consciente e inconsciente de creación de formas, de concepciones y de actitudes por medio del mestizaje. En el fondo de nuestra mentalidad hay una propensión a lo mágico, que acaso nos venga de los protagonistas oscuros de nuestro drama histórico, y que ha influido decisivamente en muchos grandes sucesos de nuestra vida política. Hay por ejemplo, todo un capítulo por escribir, sobre los elementos mágicos negros e indios como determinantes de la actitud popular en el poderoso proceso de la revolución federal.

Todos estos actores invisibles de la historia son los que tendríamos que llamar al proscenio para comprender en toda su amplitud y dimensión el gran proceso de nuestra vida colectiva.

Junto a ellos, en no menor grado, estarían los otros grandes protagonistas no humanos del hacer de Venezuela. Estaría la búsqueda de El Dorado, el cacao con su voluptuosa fragancia de tierra caliente, el café que incorporó a la geografía humana las laderas de nuestros montes, los ríos, los climas, las sequías, las lluvias, y por último, esa poderosa presencia transformadora, perturbadora y creadora, que ha cambiado el rumbo de nuestro destino en el último medio siglo, que es el petróleo.

Pero esa historia que vemos nacer y tomar rumbo, aun antes de que nazca el hecho nacional, y que vemos desarrollarse luego sobre una tierra ya venezolana por medio de la interacción de los protagonistas del proceso del mestizaje nacionalizante, no estuvo, ni antes ni después, substraída a la influencia de la historia viva del mundo occidental.

Una influencia activa de lo contemporáneo externo, ha formado parte importante de nuestro proceso nacional. No sólo por el hecho de que durante tres de los cuatro y medio siglos de nuestra existencia el centro del poder político que nos gobernaba estuviera fuera de nuestras fronteras, en tierra de Europa, sino por la incorporación constante al proceso cultural y político de Occidente.

Los colonizadores del siglo XVI traían la intención evidente y confesa de recrear una Castilla en estas tierras, trasplantando totalmente las formas de vida y las normas de espíritu y transformando al indio en cristiano de pueblo español de la época de Felipe II. Cuando el nieto de Luis XIV sube al trono de Madrid trae la intención de incorporar a España y su imperio al sistema regaliano francés del despotismo ilustrado. Estas intenciones no se convirtieron exactamente en hechos, pero influyeron en grado variable en el rumbo de los hechos.

Esto es lo que pudiéramos llamar la influencia de la contemporaneidad occidental en nuestra historia. No hubiéramos podido llegar a ser plenamente europeos nunca, pero muchos de los grandes gestores individuales de nuestra historia tuvieron este propósito. Esta intención y vocación de contemporaneidad europea es otro de los factores del proceso de mestizaje de nuestra historia.

Esa contemporaneidad se ha hecho más sincrónica o más retardada según los tiempos y las circunstancias nacionales. No hay duda, por ejemplo, que para 1730 la contemporaneidad europea que nos llegaba traía un retardo de casi un siglo. Pero luego esa contemporaneidad se va haciendo más presente y activa. El movimiento de los orígenes de nuestra Independencia es precisamente un momento en el que la contemporaneidad occidental se convierte en presente venezolano y actúa poderosa y decisivamente sobre nuestro acontecer.

La aparición del nuevo hombre de razón y de derecho frente al hombre de deber y de autoridad constituye lo que algunos han llamado la crisis de la conciencia europea en el siglo XVIII. Es una mutación general de los valores sobre los cuales la sociedad europea se había estructurado desde la Edad Media. De un pensamiento teológico se pasa a un pensamiento crítico, de hablar del pasado se pasa a hablar del porvenir, el hombre no es el heredero de un orden establecido sino el instrumento de creación de un orden racional. Todo está sujeto a revisión y crítica, desde las creencias religiosas, hasta las formas políticas.

A ese gran proceso, con despierta avidez creadora, se incorporan los grandes venezolanos que van a hacer la independencia. Hombres como Miranda o como Simón Rodríguez logran evadirse del medio criollo para incorporarse plenamente a la contemporaneidad occidental y por eso nuestra Independencia llega a adquirir su plena significación dentro del proceso general revolucionario del tiempo occidental. Esa pasión por la contemporaneidad universal ha impedido a muchos ver el proceso vivo del mestizaje nacional. Se imaginan que no hay sino circunstancias universales y adhesiones a las verdades generales. Este es precisamente el estado de espíritu de los Constituyentes de 1811 y marca, por lo mismo, la hora de más completa entrega del espíritu venezolano a las solicitudes de la contemporaneidad occidental. Estaban en una actitud de ignorar la historia, y la historia se vengó trágicamente de ellos.

La contemporaneidad occidental no podía ser el único protagonista de nuestro quehacer de pueblo. Era uno de los protagonistas y ya era bastante.

Había que buscar el rumbo entre las exigencias del hecho nacional y las solitaciones de la contemporaneidad universal. Esa tensión creadora entre lo universal contemporáneo y la vigencia de lo peculiar nacional se hace patente en el pensamiento de Bolívar, y ésta es precisamente una de sus mayores glorias. Esto está claro en ese prodigioso testamento, en esa luminosa pauta para hacer historia, que es el discurso de Angostura. Bolívar nos dejó en él el acta solemne de declaración del mestizaje histórico, que es la condición de nuestro destino nacional. Fue así el primero en entender el proceso de nuestro hacer de pueblo, y por eso la historia de nuestro siglo XIX le dio la razón.

La historia de nuestro siglo XIX no es otra cosa que la historia de la prolongada crisis provocada por el conflicto entre los ideales de la contemporaneidad occidental y el hecho nacional, de la que brota como resultante una de las grandes creaciones del mestizaje histórico: el caudillismo.

A ese producto del mestizaje que es el caudillo, lo van a mirar como un monstruo anacrónico los grandes espíritus en quienes vivía con más fuerza la contemporaneidad europea, los González, los Toro, los Acosta. Ni siquiera los positivistas van a lograr entenderlo de un modo completo y satisfactorio, atenidos a una contemporaneidad ideológica, ya un poco retrasada en su tiempo, que los llevaba a hallar en todo un mero determinismo de la raza y del medio.

A estas alturas de nuestro examen de conciencia podemos ya pensar que esa historia simplista en tres tiempos, centrada en los grandes hechos externos de la independencia, deja afuera la mayor parte del hecho histórico al que pertenecemos, como herencia viva de otros tiempos, como fundamental proceso creador del mestizaje cultural, y como tensa correlación del hecho nacional y de la contemporaneidad occidental, lo que equivale a reconocer que hasta ahora hemos carecido de una imagen cabal de nuestra historia, y por lo tanto, de una visión fidedigna de nuestro propio ser. Porque es incompleta, y parcial nuestra historia escrita, está desfigurada la imagen que recibimos y trasmitimos de nuestro ser histórico y por ello mismo nos condenamos y condenamos a nuestro pueblo a no poderla vivir y realizar plenamente.

Si carecemos de una visión del pasado, suficiente para mirar nuestro ser nacional en toda su compleja extensión y hechura, carecemos de historia en los dos sentidos, de historia como explicación del pasado y de historia como empresa de creación del futuro en el presente.

Vista así la historia nos resulta la más completa empresa de rescate de la personalidad nacional. Una empresa para la que ciertamente necesitamos despertar a los muertos, pero también desvelar a los vivos para que puedan participar en plenitud en la continuidad creadora del hacer histórico.

Es el rescate completo del pasado la condición previa para la completa posesión del presente. Nada menos que esto, significa la historia para un pueblo.

Hemos vivido hasta ahora con una visión desfigurada de nuestro pasado que nos ha dado una imagen mutilada y parcial del ser nacional.

Nuestra actitud tradicional ante el fenómeno de la historia presenta un curioso paralelismo con nuestra actitud ante la realidad de nuestra geografía. Desde el descubrimiento hasta hoy más de la mitad de nuestro territorio ha permanecido siendo tierra baldía o inaccesible, tierra cimarrona escapada a la ocupación útil. Es como si el ser nacional no hubiera vivido sino con una parte de su cuerpo. Es similar lo que nos ha ocurrido con la historia. Nos hemos encastillado en una parte de ella y hemos permanecido ciegos y sordos ante el vasto panorama de los afluentes y las raíces que nutren nuestra individualidad. Es como si no hubiéramos conocido sino una parte de nuestra alma.

La tarea del presente es la conquista y posesión útil de todo nuestro territorio y sus recursos, pero para ello necesitamos primero rescatar toda nuestra alma y su herencia cultural. El alma de los venezolanos, es decir, su cultura, su espíritu, sus valores, sus motivaciones, sus conceptos, sus creencias, sus posibilidades creadoras, hay que ir a buscar en la historia. Y no es historia la que a un pueblo no le ofrece la posibilidad de contemplar la imagen cabal de su alma.

---

## El petróleo y la inestabilidad\*

**Uslar Pietri**  
**Arturo Uslar Pietri**

El poder creciente del Estado venezolano, derivado de la riqueza petrolera creciente que administra, lo convierte en un ente superior y en mucha parte independiente del medio social y económico nacional. Lo independiza de las instituciones y lo hace más fuerte que los controles legales.

Lo lleva a convertirse de hecho en un árbitro incontrolable de la vida nacional.

Esta condición evidente constituye uno de los más graves obstáculos para la implantación de un régimen verdaderamente democrático en Venezuela. Tiende a desnaturalizarlo y a hacerlo nugatorio.

La riqueza petrolera fomenta igualmente un grave estado de desigualdad social. Mayorías de pobres, sin fe en el trabajo, y sin gusto por el género de vida a que están limitadas, frente a minorías favorecidas por la riqueza petrolera en forma azarienta, mágica y deslumbrante.

El desproporcionado crecimiento del poder del Estado y la acentuación dramática de la desigualdad social son causas activas y directas de inestabilidad. Directamente conexiadas con los efectos económicos, éstas son las más visibles consecuencias sociales y políticas del petróleo.

Es como si con el espeso y negro petróleo que mana del suelo y rueda por las gruesas arterias metálicas de los oleoductos surgiera a la vez otra sustancia invisible que engendra la dependencia, la desigualdad y la inestabilidad. Que las

\*Ibíd., pp. 58-62.



engendra, hay que decirlo, porque encuentra un medio favorable para su desarrollo.

La forma más palpable de esa inestabilidad es la del desarraigo. La Venezuela petrolera artificial, concentrada en Caracas, la media docena de ciudades principales y los campos petroleros, es una especie de tierra prometida hacia la que quiere marcharse la densa y oscura muchedumbre, tribu en el desierto, de la Venezuela real. Basta consultar las estadísticas demográficas para ver cómo el fenómeno se acentúa. Las migraciones internas de la población venezolana han ido creciendo con el petróleo. A cada nuevo censo el porcentaje de los que abandonan sus regiones de origen es mayor. Son campesinos que dejan la tierra y creen dejar la pobreza en busca de las oportunidades petroleras.

Algunas pocas ciudades crecen desmesuradamente. Las ciudades y las regiones dispensadoras del dinero petrolero. Crecen no en proporción del crecimiento de la población venezolana, sino en proporción del crecimiento de la riqueza petrolera. Caracas es un impresionante ejemplo. En todo el siglo XIX (siglo agro-pecuario y de la Venezuela real) su población apenas se duplica. El centro de la ciudad no cambia. Las casas buenas son las mismas casas coloniales concentradas alrededor de la Plaza Bolívar. En cambio en los treinta años de la exportación petrolera su población triplica, su perímetro se extiende a todo el valle, el aspecto de sus edificaciones cambia radicalmente. A cada nueva noche hay más luces en los cerros circulantes. Las gentes habitan debajo de los puentes. Es la Venezuela real que llega y acampa ansiosa en busca del holgorio de la Venezuela fingida.

Y no sólo en ese nomadismo físico que lleva al campesino en núcleos crecientes hacia la ciudad petrolera. Esa sería la que pudiéramos llamar la inestabilidad horizontal, el simple rodar buscando otra luz y otro ambiente. Es que también hay la otra inestabilidad y el otro desarraigo. La que pudiéramos llamar vertical. La que le quita sosiego al hombre dentro de su estamento social, la que le hace poner las esperanzas en algo que no es el trabajo.

Todos miran los signos exteriores de una riqueza fácil y creciente. Automóviles, hermosas casas, fiestas, diversiones, comidas y trajes de lujo. Todos los miran; el que llegó ayer con el lío de ropas a la espalda, y el estudiante que sale de la Universidad con borla reciente. Todos saben que lo que ayer se compró por diez hoy se vendió por veinte. Que el que anteayer puso el tenducho de mercancías hoy es un poderoso comerciante que habla de millones con indiferencia. Pululan los ejemplos de gentes enriquecidas rápidamente. Enriquecidas en el azar de la especulación. No son ejemplos de estabilidad laboriosa, sino de asalto y de azar. Todos quieren ser ricos de esa misma manera rápida. Todos se sienten con arraigo en lo que están haciendo. Todos están como con un billete de lotería en el bolsillo. Deseando y esperando la avarienta riqueza.



La proliferación de ese espíritu se traduce en inestabilidad social. En inquietud, desasosiego y violencia.

Contra ese estado de cosas no se lucha con prédicas morales. Poco pueden hacer los sermones contra una realidad económica y social que es por definición más fuerte que ellos. Mientras una Venezuela artificial goce, o parezca gozar, de los beneficios y las fruiciones de la riqueza petrolera, la Venezuela real se sentirá sin arraigo en su suelo, mal avenida con su suerte y dispuesta a la ventura. No puede trabajar quien tiene la cabeza y el corazón puestos en un azar mágico. No puede trabajar y prosperar el campesino que se considera desterrado de las delicias de Caracas en su pegujal sin esperanza. No constituyen células de estabilidad los seres que están esperando la primera oportunidad para evadirse de sus deberes presentes y de los requerimientos de su medio, como de una cárcel.

Y esta realidad tan grave se ha acentuado aún más en los últimos años. Ha crecido como los rascacielos y las luces en los cerros de Caracas. Y ha de seguir creciendo mientras no se modifique la fuente que la alimenta.

Tal es el hecho escueto y formidable. El hecho que está debajo de todas las variables y numerosas apariencias que pueblan nuestra hora presente.

Detrás de la decadencia de la agricultura está el petróleo. Detrás de nuestra imposibilidad de exportar está el petróleo. Detrás de nuestros altos costos está el petróleo. Detrás de nuestros puertos abarrotados de importaciones de alimentos está el petróleo. Está presente en todos los aspectos de nuestra vida colectiva. A poco que se ahonde en cualquier fenómeno social se le verá aparecer con su inerte y poderosa presencia. El desequilibrio entre el poder del Estado venezolano y las fuerzas es, en última instancia, petróleo. Petróleo es el que empuja el campesino del campo hacia la ciudad. El petróleo es la fuente que va haciendo más ancho el peligroso foso de la desigualdad social. El tono convincente en la oratoria demagógica del agitador, lo pone el petróleo. De petróleo se alimenta la inquietud social y la inestabilidad.

Ese es el hecho capital que hay que tener presente. El hecho que condiciona todo lo que ha ocurrido y todo lo que se puede hacer. El hecho que nos está diciéndolo con su presencia y con sus manifestaciones, que todo lo que se haga ignorándolo o dejándolo en libertad de actuar, será nugatorio, fugaz e insignificante. Ese hecho es que toda la vida venezolana en todas sus manifestaciones está condicionada y determinada por el petróleo.

El día en que todos, o los más, lo comprenden así, se habrá dado un gran paso hacia la solución verdadera y permanente de eso que con un nombre vago hemos venido llamando los problemas venezolanos. Porque ya el mero decir en plural: los problemas venezolanos implica una actitud de incomprensión. Lo

que hay es el problema venezolano. Uno e indivisible. Con mil manifestaciones pero con una sola raíz. Y el problema venezolano es el petróleo.

Paradójicamente a la vez problema y solución, mal y remedio. Porque si de él, por nuestra incapacidad defensiva, surgen los males, de él tan sólo, por medio de la inteligencia y de la voluntad colectivas, podría venir los mayores bienes. Y esto, de nosotros los venezolanos, y de más nadie, depende.

---

## De una a otra Venezuela\*

**Uslar Pietri**  
**Arturo Uslar Pietri**

Antes los venezolanos de hoy está planteada la cuestión petrolera con un dramatismo, una intensidad y una transcendencia como nunca tuvo ninguna cuestión del pasado. Verdadera y definitiva cuestión de vida o muerte, de independencia o de esclavitud, de ser o no ser. No se exagera diciendo que la pérdida de la Guerra de Independencia no hubiera sido tan grave, tan pequeña de consecuencia irrectificables, como una Venezuela irremediable y definitivamente derrotada en la crisis petrolera.

La Venezuela por donde está pasando el aluvión deformador de esta riqueza incontrolada no tiene sino dos alternativas extremas. Utilizar la riqueza petrolera para financiar su transformación en una nación moderna, próspera y estable en lo político, en lo económico y en lo social; o quedar, cuando el petróleo pase, como el abandonado Potosí de los españoles de la conquista, como la Cubagua que fue de las perlas y donde ya ni las aves marinas paran, como todos los sitios por donde una riqueza avarienta [*sic*] pasa sin arraigar, dejándolos más pobres y más tristes que antes.

A veces me pregunto qué será de sus ciudades nuevas de lucientes casas y asfaltadas calles que se están alzando ahora en los arenales de Paraguaná, el día en que el petróleo no siga fluyendo por el oleoducto. Sin duda quedarán abandonadas, abiertas la puertas y las ventanas al viento, habitadas por alguno que otro pescador, deshaciéndose en polvo y regresando a la uniforme desnudez

\* *Ibíd.*, pp. 62-66.

de la tierra. Serán ruinas rápidas, ruinas sin grandeza, que hablarán de la pequeñez, de la mezquindad, de la ceguera de los venezolanos de hoy, a los desesperanzados y hambrientos venezolanos de mañana.

Y eso que habrá de pasar un día con los campamentos de Paraguaná o de Pedernales hay mucho riesgo, mucha trágica posibilidad de que pase con toda esta Venezuela fingida, artificial, superpuesta, que es lo único que hemos sabido construir con el petróleo. Tan transitoria es todavía, y tan amenazada está como el artificial campamento petrolero en el arenal estéril.

Esta noción es la que debe dirigir y determinar todos los actos de nuestra vida nacional. Todo cuanto hagamos o dejemos de hacer, todo cuanto intenten gobernantes o gobernados debe partir de la consideración de esa situación fundamental. Habría que decirlo a todas horas, habría que repetirlo en toda ocasión. Todo lo que tenemos es petróleo, todo lo que disfrutamos no es sino petróleo, casi nada de lo que tenemos hasta ahora puede sobrevivir al petróleo. Lo poco que pueda sobrevivir al petróleo es la única Venezuela con que podrán contar nuestros hijos.

Eso habría que convertirlo casi en una especie de ejercicio espiritual como los que los místicos usaban para acercarse a Dios, para llenar sus vidas de la emoción de Dios. Así deberíamos nosotros llenar nuestras vidas de la emoción del destino venezolano. Porque de esa convicción repetida en la escuela, en el taller, en el arte, en la plaza pública, en la junta de negociantes, en el consejo del gobierno, tendría que salir la incontenible ansia de la acción. De la acción para construir en la Venezuela real y para la Venezuela real. De construir la Venezuela que pueda sobrevivir al petróleo.

Porque desgraciadamente hay una manera de construir en la Venezuela fingida que casi nada ayuda a la Venezuela real. En la Venezuela fingida están los rascacielos de Caracas. En la Venezuela real están algunas carreteras, los canales de irrigación, las terrazas de conservación de suelos. En la Venezuela fingida están los aviones internacionales de la Aeropostal. En la Venezuela real están los tractores, los arados, los silos.

Podríamos seguir enumerando así hasta el infinito. Y hasta podríamos hacer un balance. Y el balance nos revelaría el tremendo hecho de que mucho más hemos invertido en la Venezuela fingida que en la real.

Todo lo que no pueda continuar existiendo sin el petróleo está en la Venezuela fingida. En la que pudiéramos llamar Venezuela condenada a muerte petrolera. Todo lo que pueda seguir viviendo, y acaso con más vigor, cuando el petróleo desaparezca, está en la Venezuela real.

Si aplicáramos este criterio a todo cuanto en lo público y en lo privado hemos venido haciendo en los últimos treinta años, hallaríamos que muy pocas cosas

no están, siquiera parcialmente, en el estéril y movedizo territorio de la Venezuela fingida.

Preguntémonos por ejemplo si podríamos, sin petróleo, mantener siquiera un semestre nuestro actual sistema educativo. ¿Tendríamos recursos, acaso, para sostener los costosos servicios y los grandes edificios suntuosos que hemos levantado? ¿Tendríamos para sostener una ciudad universitaria? ¿Tendríamos para sostener sin restricciones la gratuidad de la enseñanza desde la escuela primaria hasta la Universidad? Si no hiciéramos con sinceridad estas preguntas tendríamos que convenir que la mayor parte de nuestro actual sistema educacional no podría sobrevivir al petróleo. Sin asomarnos, por el momento, a la más ardua cuestión, de si ese costoso y artificial sistema está encaminado a iluminar el camino para que Venezuela se salve de la crisis petrolera, está orientado hacia la creación de una nación real, y está concebido para producir los hombres que semejante empresa requiere.

Parecida cuestión podríamos plantearnos en relación con las cuestiones sanitarias. Todos esos flamantes hospitales, todos esos variados y eficientes servicios asistenciales y curativos, ¿pueden sobrevivir al petróleo? Yo no lo creo.

La tremenda y triste verdad es que la capacidad actual de producir riquezas de la Venezuela real está infinitamente por debajo del volumen de necesidades que se ha ido creando la Venezuela artificial. Esta es escuetamente la terrible realidad, que todos parecemos empeñados en querer ignorar.

Por eso la cuestión primordial, la primera y la básica de todas las cuestiones venezolanas, la que está en la raíz de todas las otras, y la que ha de ser resuelta antes si las otras han de ser resueltas algún día, es la de ir construyendo una nación a salvo de la muerte petrolera. Una nación que haya resuelto victoriosamente su crisis petrolera que es su verdadera crisis nacional.

Hay que construir en la Venezuela real y para la Venezuela permanente y no en la Venezuela artificial y para la Venezuela transitoria. Hay que poner en la Venezuela real los hospitales, las escuelas, los servicios públicos y hasta los rascacielos, cuando la Venezuela real tenga para rascacielos. De lo contrario estaremos agravando el mal de nuestra dependencia, de nuestro parasitismo, de nuestra artificialidad. Utilizar el petróleo para hacer cada día más grande y sólida la Venezuela real y más pequeña, marginal e insignificante la Venezuela artificial.

¿Quién se ocuparía de curar o educar a un condenado a muerte? ¿No sería una impertinente e inútil ocupación? Lo primero es asegurar la vida. Después vendrá la ocasión de los problemas sanitarios, educacionales, asistenciales. ¿De qué valen los grandes hospitales y las grandes escuelas si nadie está seguro de que el día en que se acabe el petróleo no hayan de quedar tan vacíos, tan muertos, tan ruinosos, como los campamentos petroleros de Paraguaná o de Pedernales?



Lo primero es asegurar la vida de Venezuela. Saber que Venezuela, o la mayor parte de ella, ya no está condenada a morir de muerte petrolera. Hacer todo para ello. Subordinar todo a ello. Ponernos todos en ello.

---

## Los bolívares de hielo\*

**Uslar Pietri**  
**Arturo Uslar Pietri**

Una de las formas más visibles y graves de esa otra erosión del petróleo que está deformando y destruyendo la vida toda de Venezuela, es la inflación monetaria.

La impericia del Gobierno ha hecho que el incremento de la producción petrolera se convierta en esa enfermedad mortal de la inflación monetaria.

Ha habido prisa por convertir el petróleo en dinero y ha habido más prisa aún para lanzar ese dinero a manos llenas, sin plan, ni concierto. Cada día es más el dinero que corre, que suena, que corrompe, que distrae, que embriaga. Y cada día, fatalmente, el dinero vale menos. Sirve para adquirir menos cosas.

Es como si el bolívar se fuera poniendo más pequeño cada día, como si se estuviera derritiendo continuamente en las manos, como si fuera de hielo y no de otra cosa, y un buen día no fuera a quedar de él sino un poco de agua sucia.

Este bolívar fugaz, que se evapora y desintegra es el mejor símbolo de la absurda política económica del régimen de Octubre. Allí está reflejada con la más atroz de las evidencias toda su irresponsabilidad. Es un régimen que no sólo ha sabido evitar los males previsibles, sino que los ha desatado y provocado con la más inconcebible ligereza.

No pocos se deben dar cuenta de que se va por un camino de catástrofe. Pero pareciera que lo que importa no es que la base económica de la vida venezolana haya llegado a un extremo de fragilidad suicida, sino que haya cada vez más

\* Idem, pp. 31-35.

bolívares fáciles, más petróleo que cambiar por bolívares, más bolívares que cambiar por barajitas. Mantener un ambiente de feria, de aturdimiento, de sueño de Juan Bobo.

La magnitud del mal la acaba de revelar de una manera que llamaremos candorosa el Presidente Gallegos en su Mensaje. Dice allí esta tremenda cosa: que mil quinientos millones de bolívares de la revolución, equivalen a novecientos cincuenta millones de bolívares de la época de López Contreras. O en otras palabras: que para el momento en que él hablaba su gobierno había llegado a convertir el bolívar en una moneda que había perdido el cuarenta por ciento de su poder adquisitivo. O, lo que es lo mismo, que para aquel momento cada bolívar había perdido ocho centavos. Y los sigue perdiendo. Se siguen evaporando, derritiendo, hora por hora como hielo.

Esta tremenda revelación de Gallegos, anunciada a secas, sin que aparezca ningún propósito de enmienda ni de remedio, hubiera sido suficiente en cualquier otro país para desatar un pánico, o un movimiento nacional de repulsa al Gobierno que de manera tan flagrante está destruyendo su salud económica.

Pero la mayoría de las gentes parecen darse tan poca cuenta de ello como el mismo Gobierno.

Lo que ha dicho Gallegos significa sencillamente que la situación económica de Venezuela se está agravando continuamente. Que la descontrolada inflación monetaria va inundando todas las formas de la vida nacional. Que todos los valores y las relaciones de cambio han entrado en un sistema ficticio. Que las posibilidades para que Venezuela organice su vida económica sobre bases sólidas y estables, no sólo no se realizan, sino que cada día se hacen más remotas y difíciles.

Ese anuncio significa para la empresa que tiene un millón de bolívares de capital, que en realidad sólo tiene seiscientos mil. Para el que recibe rentas, que de cada cien bolívares, cuarenta se le han desaparecido. Para el obrero a quien le pagan diez bolívares de jornal, que no está ganando más que el que ganaba seis en 1938. Y para el que metió un fuerte en 1938 en su caja de ahorros, es como si se le hubiera convertido en tres bolívares.

Esta pavorizante realidad es el fruto de la política de gastos del Gobierno.

Muchas veces, tratando de justificar lo injustificable, han dicho algunos hombres del presente régimen, que la inflación que padece Venezuela no es sino el inevitable reflejo y repercusión de un fenómeno universal. El país sufre los efectos del desajuste ocasionado por la guerra en la economía mundial.

Por eso importa mucho demostrar que una afirmación tan repetida no es exacta. La responsabilidad fundamental y directa de la inflación venezolana que está creciendo cada día, la tiene la política financiera del Gobierno. Ella es la causa principal y el agente motor de ese espantoso mal.

No es Venezuela una pasiva víctima de una situación internacional. Es el Gobierno de Venezuela el activo autor de la inflación, el fabricante de los bolívars de hielo.

Demostrarlo es muy sencillo. Y quiero hacerlo del modo más simple posible, para que todos puedan entenderlo, y para que todos comprendan la magnitud del año que se está causando.

El aumento desconsiderado de los gastos fiscales es el aspecto más notable del régimen revolucionario. Esos gastos han crecido y se han multiplicado de una manera inverosímil. Y se han destinado preferentemente a sueldos y salarios, dádivas y préstamos. Es decir se ha convertido rápidamente en dinero de compras. En dinero inflacionario.

El reflejo del aumento de los gastos en el alza de los precios ha sido instantáneo. Junto con los presupuestos han ido subiendo los precios ficticios de todas las cosas. O, lo que es lo mismo dicho en otros términos, a medida que han crecido los presupuestos el poder adquisitivo del bolívar ha ido disminuyendo. Ahora se está acercando a ser no más que un “realito”.

La prueba más evidente de que son los gastos públicos en la forma desatinada en que se vienen haciendo, la causa inmediata y principal de la inflación, la suministra el simple hecho que paso a describir.

Quien consulte los Índices Generales de Precios que elabora y publica el Banco Central de Venezuela, ha de advertir lo siguiente: de 1941 a 1945 los precios que más subieron fueron los de los artículos de importación. Los de los productos nacionales subieron proporcionalmente menos de la mitad que los importados. Esto quiere decir, que durante esos años, que fueron precisamente los del Gobierno de Medina, las causas predominantes del alza de los precios provenían del exterior, eran ajenas a Venezuela y su Gobierno, eran un reflejo de la situación mundial.

Desde 1946 la situación cambia. El gobierno se embarca en una política inflacionaria de gastos crecientes. Y desde entonces ocurre, y así lo revela el Índice de Precios, que el alza de los precios de los productos nacionales sobrepasa proporcionalmente la de los productos importados. Es decir que desde la Revolución de octubre la causa del alza es nacional, está dentro del país, y obedece exclusivamente a la política financiera del gobierno venezolano.

Este simple hecho me parece suficiente para poner las cosas en su punto. El Gobierno de Venezuela desde 1946 es el autor de la inflación monetaria, el causante de la desvalorización de la moneda y el consciente o inconsciente fabricante de los bolívars de hielo.

Pero lo peor de todo esto es que cuando la magnitud aterradora que alcanza ese mal se le revela a la nación en el propio Mensaje del Presidente, no sólo no

se enuncia ningún remedio, no sólo parece pasarse sobre ello como sobre ascuas, sino que con las más estupendas de las insensateces se proclama que el gobierno está decidido agravar el mal, a llevar a peores extremos todavía el quebrantamiento de la salud económica de la nación, a desatar aún más las destructoras fuerzas de la inflación.

En ese mensaje Gallegos anuncia que la creciente inflacionaria desatada, lejos de disminuir va a aumentar su fuerza arrasadora en un tercio. Porque, pura y simplemente, en un tercio aumenta el presupuesto nacional (de mil doscientos a mil seiscientos millones) el gobierno cuya primera misión debería ser contener la racha inflacionaria.

Cuando en cualquier país normal todos se estarían preguntando con angustia: ¿Qué va a hacer el gobierno para salvarnos de este mal que nos está matando?. En Venezuela, no sólo nadie lo pregunta, sino que el gobierno con la más indiferente ligereza abre más anchas las fuentes del mal y aumenta en un tercio la leña que está alimentado el incendio.



---

## La nación fingida\*

**Uslar Pietri**  
**Arturo Uslar Pietri**

Construida con petróleo transitorio se alza en Venezuela una nación fingida. De calidad tan transitoria como el petróleo con que está construida su apariencia. No más verdadera que una decoración de teatro.

Es como si con el dinero abundante y transitorio del petróleo hubiéramos levantado sobre la fisonomía de la verdadera Venezuela costosos telones, efectos de cartón y reflectores, panoramas de brocha sobre papel que van a deshacerse pronto a la intemperie. Por sus huecos y desgarrones, cuando pase el maná petrolero, volverá a asomar trágica la Venezuela verdadera, la pobre, la que olvidamos oculta por la bambalina pintada.

El petróleo no nos ha servido para transformar la nación real sino para disfrazarla. Es como el caso de esos amigos ricos que invitan al amigo pobre a una costosa orgía, lo emborrachan, lo deslumbran, y al día siguiente lo vuelven a regresar a su pobreza. Una pobreza que va a saberles peor que antes. Hemos disfrazado con dinero petrolero la verdadera Venezuela y nos hemos contentado con levantar a mucho gasto la apariencia de una nación fingida.

La nación real, la Venezuela verdadera, sigue siendo la misma debajo de las vanas decoraciones brillantes, debajo de las construcciones de cartón. Hay que repetirlo porque es la verdad más importante para nuestra hora. Por debajo del oropel petrolero, de la balumba de baratijas costosas que compramos con petróleo, la verdadera Venezuela sigue siendo tan pobre como antes del petróleo.

\* *Ibíd.*, pp. 45- 50.

La verdad es que es más pobre todavía, porque antes del petróleo había un equilibrio entre su vida y su pobreza, y ese equilibrio está hoy en día roto de un modo irremediable. Hay una insalvable distancia entre la pobreza inalterada de la verdadera Venezuela, y el alto nivel de vida artificial que hoy estamos teniendo gracias al petróleo.

No hay exageración en decir que hemos utilizado el petróleo para construir una nación fingida. La apariencia de una nación. Todo lo exterior, vistoso y resonante, sin nada de lo interior, sólido y verdadero. No hemos utilizado el petróleo para aumentar nuestra riqueza permanente, sino para gastarlo en fruición, goce, despliegue, comodidad, apariencia.

La Venezuela verdadera es sustancialmente la misma nación pobre de 1906. Una nación de bajo nivel de vida, poblada por dos millones de habitantes, dedicados a la agricultura y a unas pocas industrias extractivas, que vivía en modestia casi pobre de lo que producía, del maíz, las caraotas, los plátanos y la carne, que exportaba café, cacao, pieles y otros productos por valor de unos veinte millones de dólares, y con esos dólares pagaba las limitadas importaciones que podía hacer.

Esa situación descrita no ha cambiado. Seguimos produciendo los alimentos esenciales para no más de dos millones de habitantes. Seguimos exportando productos nacionales por no más de veinte millones de dólares. Y sin embargo el Estado gasta más de dos mil millones de bolívares al año, importamos más de mil millones de bolívares anuales en toda clase de mercancías especialmente de lujo. En la más modesta casa hay una radio y una refrigeradora. Los lujosos automóviles no caben en las calles de Caracas.

Lo que pasa es que, no habiendo cambiado la capacidad real de producir riqueza de la nación, no habiéndose modificado la verdadera base de su economía, el petróleo, el transitorio petróleo, como un dinero llovido del cielo nos ha permitido todos estos lujos. En el fondo somos como un hombre que vive de prestado. Nuestra capacidad de producir riquezas no se ha modificado para permitirnos pasar más allá del plato de caraotas, la alpargata y el caballo de silla, pero el maná petrolero nos permite olvidarnos de eso, no ver la realidad, y construir rascacielos, volar "Constellations", y comer huevos americanos, carne argentina, azúcar cubana, frijoles antillanos. Todo eso es artificial, porque todo eso no es sino un don transitorio del petróleo transitorio. Artificial porque no hemos sabido transformarlo paulatinamente en realidad permanente del país. No sólo artificial, sino más bien artificial todos los días. La política petrolera del actual régimen, cuyo efecto más visible es la inflación interior, no ha hecho sino agudizar el carácter artificial de la vida económica venezolana. El actual régimen con su política económica y administrativa ha sido el más eficaz de la nación fingida.

Para poner a la vista la condición artificial de nuestra vida actual bastan pocos rasgos. Pocos rasgos que es fácil advertir y que yo quisiera grabar en la mente de todos los venezolanos. El primero es que nuestra capacidad productiva propia, que es la única riqueza estable sobre la que se puede fundar una nación sólida y verdadera, no ha aumentado sensiblemente desde la época en que no teníamos petróleo. El segundo es que la riqueza petrolera y la política financiera del gobierno combinados han creado en Venezuela un fenómeno peculiar que se refleja en el siguiente hecho: inflación interior con altos precios y bajo poder adquisitivo de la moneda, y abundancia de divisas baratas con alto poder adquisitivo exterior. Es decir un plano inclinado que lleva a no producir nada y a comprar en el exterior con petróleo todo lo que necesitamos para mantener un nivel de vida artificial. El tercero de los hechos es que el petróleo no es una riqueza permanente y reproductiva, sino un capital que estamos consumiendo sin reproducir. Una riqueza transitoria. Un bienestar prestado y fugitivo. Amenazado no sólo por la segura posibilidad de su extinción en un futuro, sino también por la probable ocurrencia de que nuestros crecientes costos hagan antieconómica la producción de los demás bienes; o de que se lleve a cabo el ya anunciado plan de producir petróleo sintético del carbón en gran escala en los Estados Unidos, o por último, de que se comienza a utilizar con fines industriales la energía atómica, lo que las mayores autoridades científicas creen posible en un lapso no mayor de veinticinco años.

El hecho final, que quiero destacar y que los resume a todos, es que el petróleo sustenta hoy la casi totalidad de la vida venezolana. Ha enterrado bajo apariencias de riqueza la Venezuela verdadera. Y dependemos de él de la manera más absoluta y trágica. Un solo hecho servirá para pintar la magnitud de esta dependencia. En el sentido más material de la palabra vivimos de la importación. Importamos casi todo lo que necesitamos para vivir. Si la importación se detuviese no tendríamos ni con qué vestarnos, ni con qué comer, ni con qué transportarnos, ni con qué curarnos. Pues bien, el año de 1947 Venezuela gastó 464 millones de dólares para pagar principalmente importaciones. Esos 464 millones de dólares provenían de 442 millones de dólares aportados al mercado por las compañías petroleras y 22 millones producidos por la exportación propia y todas las demás actividades económicas venezolanas. Nuestra vida se financió en 1947 en un noventa y cinco por ciento con la exigua riqueza permanente de la verdadera Venezuela.

Podríamos decir, sobre la base de 1947, que en una proporción del noventa y cinco por ciento éramos una nación artificial, un país que vive de una regalía. Y esta verdad sería lo suficientemente dantesca para conmover a los más alegres participantes de ese festín de Baltasar que pagado con petróleo está tendido a todo lo largo de Venezuela.

Pero es que la realidad es todavía peor. No sólo somos en un noventaicinco por ciento de nuestra actividad una nación fingida. También ese restante cinco por ciento de la verdadera Venezuela, de la pobre Venezuela, está desnaturalizado. No es una nación artificial que se ha superpuesto a una nación real, es una actividad transitoria absorbente que ha hecho artificial la existencia toda de la nación.

Basta pasar revista a los hechos más salientes para comprenderlo.

Toda nuestra agricultura es hoy artificial. Las caraotas y el maíz son tan artificiales como los aviones de la Línea Aeropostal. Son artificiales porque sus costos son artificiales. No están determinados por los costos mundiales. Suben por el capricho de quienes controlan el dispendio de la riqueza petrolera convertida en bolívares. No puede ser maíz lo que se vende a cuarenta bolívares. Nadie en el mundo compra maíz a ese precio. Es un producto artificial hecho para un mercado artificial, sostenido, como la bola de un prestidigitador, sobre un chorro de petróleo.

La industria es también artificial. Nuestros costos crecientes sobrepasan como torres los costos mundiales. Son industrias artificiales, que a precios artificiales que nada tienen que ver con el mecanismo de la economía mundial, venden para un mercado artificial cuyo poder adquisitivo no se deriva de su capacidad propia de trabajo y producción sino del dinero petrolero que pone en manos de los consumidores un Estado pródigo.

La población es también tan artificial como su poder adquisitivo. En artificiales actividades de importación o de servicios crece una población que está en desequilibrio creciente con la capacidad efectiva de producción y de sustentación de la tierra venezolana.

El Estado es también artificial. Toda esa densa y costosa burocracia, todos esos múltiples y aparatosos servicios, no dependen ni de una riqueza fiscal sólida ni de necesidades efectivas de la nación. La verdadera capacidad de producir riquezas de la nación no da para mucho más de un presupuesto de gastos como el que teníamos en 1906. Un presupuesto a lo sumo de ciento cincuenta millones de bolívares. Lo que gastamos hoy en cualquier Ministerio. Esos dos mil millones de bolívares que el Estado despilfarra hoy son artificiales. Es un chorro transitorio de bolívares que pasa sin detenerse, como un inmenso chorro de petróleo que estuviese abierto sobre el territorio venezolano corriendo torrenciosamente hacia el mar.

Somos cada día más una nación fingida. Nada de lo que tenemos tiene existencia y asiento real.

Esta es la gran cuestión, la única cuestión, la cuestión de vida o muerte que el destino ha planteado a los venezolanos de hoy. Hacer con el petróleo una nación real.

No disputar de bizantinismos, no embriagarnos de palabras vacías entre las bambalinas y los telones de esta nación fingida que estamos levantando.

Junto a esto, qué mezquino, qué pequeño, qué trágicamente descaminado, resulta el pintoresco debate político en que los hombres de la hora tienen engolfado el país.

Cuando la hora sería del despertar, del destruir mentiras, de la unidad de acción y de una bolivariana salvación de la nación.





---

## La era del parásito feliz\*

**Uslar Pietri**  
**Arturo Uslar Pietri**

Venezuela está en crisis. Las bases y los supuestos sobre los cuales hemos levantado la situación aparente del país han revelado su inadecuación y su incapacidad para continuar sosteniendo un proyecto nacional en gran parte irracional y falso. La terrible sacudida de la devaluación ocurrida en febrero de 1983 puso al descubierto la desproporción creciente e insostenible entre nuestros niveles de gastos y nuestra efectiva capacidad de producir riqueza. En la última decena de años, en la abundancia fantasmagórica de los petrodólares, se formó una mentalidad casi mágica de la riqueza y un estilo de vida y de gobierno que era absolutamente insostenible desde todo punto de vista y que tenía que desembocar en un trágico encontronazo con la realidad, para el cual no estábamos preparados en ninguna forma y del que, todavía, no tenemos una noción válida de la magnitud y de los riesgos que representa, ni mucho menos de los importantes sacrificios y rectificaciones que exige e impone a todos los venezolanos.

No era difícil prever el desenlace de esa loca carrera al derroche y al consumo improductivo de riqueza no ganada. El país entero, en todas sus capas sociales y formas de actividad, se convirtió en un inmenso y gozoso parásito del petróleo. Con el alza inesperada y continua de los precios del petróleo desde 1973, todos llegamos a creer, o a actuar como si lo creyéramos, que todos podíamos hacernos ricos casi sin esfuerzo, con un poco de viveza y suerte, sin muchos escrúpulos, si teníamos el sentido de la oportunidad y del valor de las conexiones.

El cambio de las dimensiones revistió caracteres de pesadillas. Un país que durante más de cuatro siglos y medio, de los cinco escasos de su existencia histórica, vivió en la pobreza, en la escasez y en el atraso vio, en cortos años y a un ritmo

\* *Ibíd.*, pp. 160-164.

alucinante, desatarse un torrente de riqueza monetaria casi sin equivalente en el resto del mundo. En menos de cincuenta años el gasto consolidado del gobierno y sus organismos pasó de un poco más del centenar de millones de bolívares por año, a cifras astronómicas que se estiman, para las etapas últimas, en el fabuloso volumen de alrededor de 150 mil millones de bolívares anuales, para no mucho más de quince millones de habitantes.

Un torrente de riqueza de esa magnitud hubiera causado desajustes graves y deformaciones peligrosas en cualquier país, pero tenía que provocarlos de mucha mayor magnitud en un país tradicionalmente pobre, no preparado para dirigir, y mucho menos para digerir útilmente, semejante diluvio de dólares. Las mismas nociones elementales de riqueza, producción, trabajo, costos y ahorro perdieron su sentido original y tendieron a convertirse en abstracciones. La abundancia monetaria creó una inflación imposible de contener que engendró a su vez una paradoja económica. Lo único barato era el dólar, gastar y comprar en el extranjero era más ventajoso que en el propio país y todas las actividades tradicionales o nuevas, agrícolas, industriales o de servicios, se convirtieron fatalmente en actividades subsidiadas, en una u otra forma, por la riqueza petrolera que el Estado dispensaba a manos llenas. En el corto lapso de una generación se transformó la composición y la mentalidad de la población. De un país de escasos recursos se paso a otro que parecía creer que contaba con recursos ilimitados; de un país de campesinos atrasados, en el que de cada cinco habitantes cuatro vivían en el medio rural, se paso a otro en el que de cinco habitantes cuatro vivían en núcleos urbanos y, particularmente, en las pavorosas aglomeraciones de ranchos que borrarón todo aspecto urbano de ciudades como Caracas.

No sólo se gastó locamente sin plan ni concierto, sin parecer darse cuenta de que establecer físicamente una planta industrial no es lo mismo que dotarla de posibilidades económicas, provocando un desarrollo falso de meras apariencias, y de simulaciones que, lejos de producir riqueza, lo que hacía era destruir improductiva y parasitariamente la que el petróleo originaba, sino que, además, se incurrió en la imperdonable imprudencia de contraer inmensas deudas públicas y privadas, dentro del país y en los mercados financieros internacionales, que hicieron mucho más endeble y falsa nuestra posición económica. Ya el parásito no se conformaba con devorar estérilmente la sangre del petróleo, sino que comenzó a buscar sangre prestada, creando un insoportable pasivo que el país no podía pagar oportunamente con sus recursos previsibles.

Lejos de “sembrar el petróleo”, lo que hicimos fue despilfarrarlo en proporciones desmesuradas y crear encima una deuda que hoy agobia a la nación y que hace más difíciles sus posibilidades de recuperación.

Ahora podríamos preguntarnos: ¿Quiénes son los culpables de semejante desastre? Desde luego, los hombres y los partidos que han gobernado a Venezuela en los

últimos treinta y tantos años. Pero, aunque es grande y decisiva su responsabilidad, ellos no actuaron solos y a espaldas de la colectividad nacional. Los venezolanos, en su inmensa mayoría, participamos, en una u otra forma, en ese trágico carnaval. La burocracia parásita, los empresarios que encontraron lucrativo y fácil vivir de favores del Estado, los que contrataban con el sector público, todos los que, en una u otra forma, se beneficiaron de ayudas, dádivas, préstamos sin base, subsidios de toda índole y de la varita mágica del dólar barato.

Las pocas voces que se alzaron aquella loca carrera al desastre no tuvieron casi eco. Era demasiado grande la tentación del enriquecimiento fácil, de la vida regalada y del consumismo estéril.

Con la abundancia de dinero y su despilfarro por el Estado, tenía que surgir la corrupción. No se necesitaba capital, ni antecedentes de experiencia, para lograr un contrato jugoso con el Gobierno; todo era asunto de conexiones políticas y comisiones cuantiosas. Una errada política laboral, paternalista y con fines politiqueros, llenó de burocracia inútil las innumerables dependencias que el Gobierno creaba y mantenía, el volumen de trabajadores doblaban o triplicaban, con inmenso daño de la eficiencia y de los costos, las necesidades reales de mano de obra en empresas y servicios del Estado. No sólo era una política de insostenible derroche, sino de fomento del ocio y la irresponsabilidad del trabajador.

Hoy sabemos con la elocuencia pavorosa de los hechos que semejante derroche de hombres y recursos no podían sostenerse por mucho tiempo y que era fundamentalmente incompatible con toda posibilidad seria de crecimiento estable y sano para Venezuela. La dura realidad de los hechos nos ha obligado a enfrentar con carácter de grave emergencia nacional la situación que nuestra ligereza y nuestra imprevisión crearon.

Hubiera sido menester que se hubiera tenido un sentido claro eficaz de la fragilidad y artificialidad de nuestra adventicia riqueza y que, en tiempo oportuno, se hubieran establecido correctivos y líneas de conducta que hubieran podido evitarnos este lamentable desenlace. No se hizo y ahora tenemos que intentarlo con la prisa de la emergencia y sin estar preparados en una forma adecuada para implantar y aceptar las rectificaciones, a veces muy ingratas, que impone la situación.

Ha terminado, ciertamente, la era del parásito feliz y ha comenzado, irremisiblemente, el tiempo de las rectificaciones. El Estado venezolano no puede seguir siendo el San Nicolás pródigo que otorga dádivas, empleos y subsidios sin medida; los hombres de empresa no pueden hacer sus cálculos de beneficios sobre la protección y la manirrotez ilimitada del Gobierno, sino sobre la realidad de la capacidad de producción y de consumo del país; los trabajadores, por su parte, tienen que entender que su posibilidad de alcanzar mejoras no dependen ya de generosa intención de los políticos, sino de su real capacidad producir



riqueza por medio del trabajo eficiente. Es un cambio de 180 grados que exigirá de todos los habitantes del país un nuevo espíritu de comprensión y de voluntad de sumar esfuerzos.

La situación anterior no podía prolongarse y tarde o temprano tenía que desembocar en esta difícil confrontación con la realidad. Hubiera sido preferible que la previsión y el sentido común nos hubieran indicado a tiempo las medidas aconsejables para evitar este desenlace indeseable, pero ahora que ha ocurrido lo peor que podríamos hacer es entregarnos a la desesperación, a la parálisis del miedo y a una visión apocalíptica del presente y del futuro.

No sólo no se ha acabado Venezuela, sino tampoco ha desaparecido la riqueza fundamental con la que puede contar para su desarrollo sano y sólido. Cuenta con cuadros humanos de alta capacidad intelectual, técnica y laboral y tiene no sólo la seguridad de contar para el futuro con una producción de petróleo que le asegure un flujo de dólares con el que muy pocos países de nuestra dimensión sueñan con alcanzar, sino que, por el efecto mismo de la involuntaria devaluación, se abren ahora nuevas perspectivas para nuestra producción. Con la nueva relación del bolívar con las monedas extranjeras, hoy es posible, a niveles lucrativos, producir para la exportación de toda clase de bienes distintos del petróleo. La posibilidad de lograr una economía más sana y autosuficiente, liberada de subsidios y ayudas estatales e integradas firmemente al comercio mundial, se ofrece hoy a nuestro esfuerzo.

Podríamos ampliar muchas de nuestras producciones y servicios para este nuevo mercado y crear otras muchas actividades lucrativas que antes no eran posible por el efecto desfavorable del dólar barato.

Puede ser, y yo lo espero, que esta crisis, que no supimos prever y evitar, nos enseñe las verdades que parecemos olvidar por tanto tiempo y, entre otras, aquella, tan vieja como Adam Smith, de que la riqueza de una nación es simplemente el producto de su trabajo.

Si así lo entendiéramos y lo pusiéramos en práctica, si supiéramos aprovechar las posibilidades de transformación favorable que ofrece esta ingrata coyuntura, pudiera ser posible que en el futuro los venezolanos recordaran este momento como la providencial ocasión que se presentó inesperadamente y que Venezuela supo aprovechar con inteligencia para salir de sus vicios económicos, para curarse de desviaciones y engaños, y para establecer definitivamente la posibilidad real de un crecimiento verdadero, distinto e independiente del petróleo.

Sería el gran momento para pasar de la triste y lamentable situación de parásitos del petróleo a la de productores de riqueza, con la utilización sagaz de nuestros recursos y oportunidades y la aplicación sin desmayo de toda nuestra capacidad de producir y crear.



---

## Una larga jornada\*

**Uslar Pietri**  
**Arturo Uslar Pietri**

A todo lo largo de mi larga vida he escrito artículos para los periódicos. Esta es una vieja tradición de los intelectuales latinoamericanos. Buena parte de lo más importante de la literatura hispanoamericana se ha publicado como material de periódicos. La publicación de libros era escasa, difícil y costosa y la mayoría de los periódicos de la época eran más de opinión que de información. En esto, en cierta forma, se seguía el ejemplo de lo que fue la tradición periodística en España y en Francia en el siglo XIX. Las figuras literarias más importantes escribían para los diarios de aquel tiempo. De esta manera, el escritor se convertía en una figura pública que tomaba parte importante en los grandes debates nacionales.

Bastaría recordar la inmensa repercusión que tuvo el artículo publicado por Émile Zola, en pleno *affair* Dreyfus: «Yo acuso», que tuvo toda la importancia de un gran acontecimiento político. En la América española se siguió rápida y brillantemente el ejemplo.

Lo más importante de la literatura hispanoamericana, en el siglo XIX, se publicó en diarios, lo que, de alguna manera muy eficaz, convirtió a los diarios locales en vehículos de los grandes cambios literarios e ideológicos. Lo más importante del Romanticismo hispanoamericano se publicó en periódicos, como fue el caso ejemplar del *Facundo* de Sarmiento, y prácticamente toda la difusión, muy importante y de vastas consecuencias, del Positivismo, se hizo, igualmente, en los periódicos.

Los grandes combates políticos e ideológicos que sacudieron la América Latina desde la Independencia tuvieron por escenario los periódicos y esto le da ciertas

\* *El Nacional*, domingo 4 de enero de 1998. Último artículo publicado.

características muy importantes. La prensa latinoamericana, siguiendo particularmente el ejemplo de la francesa y de la española, fue fundamentalmente un instrumento de propaganda política, sin olvidar, desde luego, el gran papel que desempeñó en la difusión de nuevas corrientes literarias.

La mayor parte y lo más importante de la gran revolución literaria, que fue el Modernismo, se hizo al través de algunos grandes diarios. Desde luego, este fenómeno tuvo mucho que ver con la política. Las consecuencias fueron muchas y de muy distinto carácter.

Una de las consecuencias más visibles de este fenómeno fue el carácter predominantemente político y revolucionario que tuvieron algunas modas literarias, como el caso del Romanticismo y del Positivismo.

Es al través de las colaboraciones de prensa que se dieron a conocer los más notables escritores latinoamericanos del último siglo y ello le da una importancia relevante al artículo de prensa en la historia del pensamiento en la América Latina.

Es una relación muy peculiar la que se llega a establecer entre el escritor de artículos de prensa y sus lectores, en una constante relación de provocación o de aquiescencia.

Desde cualquier punto que se vea, se escribe para alguien, lo que significa, también, que, en alguna forma, se espera una respuesta. Toda palabra expresada, cualquiera que sea su carácter, toma el aspecto de un diálogo y es, precisamente, esa noción evidente y poderosa la que mantiene y explica al columnista de prensa.

Toda mi vida, y particularmente de una manera regular y constante desde 1948, he mantenido una colaboración de prensa continua, que ha tenido la suerte de ser acogida por muchos de los principales diarios del mundo de lengua española. No se trata, evidentemente, de un monólogo, en el que alguien dice lo que se le ocurre sin dirigirse particularmente a nadie, sino estrictamente, de una forma muy rica, del diálogo. Esto explica el carácter tan peculiar de la literatura para periódicos y su inmenso poder de influencia en la formación de la opinión pública.

El ejemplo de algunos grandes columnistas de prensa permite asomarse a la rica complejidad de esta relación. En el más estricto sentido de la palabra, no hay monólogo. Toda frase, en alguna forma, tiende a provocar una respuesta.

Por muy largos años he mantenido esta columna, con un claro sentido de propuesta y de obligación, hasta llegar a formar parte importante de mi existencia. La interrumpo hoy porque he entrado, inevitablemente, en esa dura etapa de la vida, que es el repliegue.

Todo ello constituye un cambio muy importante para mí, que espero que algún no tan remoto ni ocasional lector comparta sinceramente.

---

## **Clasificación de la obra económica de Arturo Uslar Pietri\***

### **I. La enseñanza de la economía**

Palabras pronunciadas en la instalación de la Escuela Libre de Ciencias Económicas y Sociales.

Sumario de Economía Venezolana para Alivio de Estudiantes\*\*

### **II. Historia de la economía y de las ideas económicas**

Las ideas económicas de Santos Michelena

Historias de la moneda en Venezuela

La ciudad del oro y la ciudad de la justicia

Tres momentos del Bolívar

Venezuela, un país en transformación

Venezuela hoy

La cuestión venezolana

\* Reproducida del libro *Análisis y ordenación de la obra económica de Arturo Uslar Pietri* (1990), Caracas, Academia Nacional de Ciencias Económicas ANCE, p. 1020.

\*\* Este título no aparece registrado en la clasificación pero se ha incluido de nuestra parte.

### III. Petróleo

#### **1. Sembrar el petróleo**

Sembrar el petróleo

Sembrar el petróleo (25 años después)

Sembrar el petróleo

El problema del petróleo

Petróleo y planificación

El petróleo como empréstito

El dilema de la economía venezolana

La riqueza no ganada

Los males de la abundancia

El minotauro

De una a otra Venezuela

#### **2. Política petrolera**

El impacto del petróleo sobre la economía venezolana

Política petrolera y el desarrollo nacional

Situación petrolera y sus perspectivas

Debate sobre política petrolera

Sobre la reversión petrolera

Los contratos de servicios y el futuro petrolero

Petróleo y destino

¿Quién mató las vacas gordas?

Los privilegiados del petróleo

Un grande e impredecible paso

Petróleo y madurez

Venezuela actual

#### **3. Opep y mercado internacional**

Consideraciones sobre el Proyecto de Ley sobre la OPEP

El Petróleo es más que un arma

El nuevo poder petrolero  
El poder petrolero  
Ya no será lo mismo  
La culpa no es del petróleo  
Debajo está el petróleo  
La anti-OPEP  
Una lección para la OPEP  
El apólogo del petróleo  
Los venezolanos y el petróleo

#### **IV. Desarrollo y crecimiento económico**

Una doctrina de anti-desarrollo  
La receta para el atraso  
El desarrollo, ese desconocido  
¿Crecer para qué?  
El apocalipsis del crecimiento  
De Humboldt a la Cepal  
La América Latina posible  
Empezar por algunas metas  
Falta que nos pongamos de acuerdo  
Desarrollo y poder  
El opio del subdesarrollo  
    Deudas y desarrollo  
    Más de tres mundos  
    El Tercer Mundo y el crecimiento  
    El Tercer Mundo y su diversidad

## **V. Tributación, presupuesto y deuda pública**

El retroceso en materia tributaria

Reforma tributaria, reforma constitucional y desarrollo democrático

La justificación de los créditos adicionales

La perpetuación de una errada política presupuestaria

Impuestos y desarrollo

Los empréstitos, mal innecesario

La tragicomedia de la deuda

La impagable deuda

Gasto y presupuesto “gastos muchos con pocos resultados”

El Plan de la Nación reposa sobre supuestos que no se han cumplido

## **VI. Economía agraria**

El regreso al campo

La reforma agraria

Los problemas de la reforma agraria

## **VII. Los recursos naturales**

Las riquezas del mar

La fábrica de desiertos

## **VIII. Producción y distribución de la riqueza**

La producción fingida

El reparto de la riqueza

Vida y trabajo



## **IX. El factor humano en Venezuela**

Mestizaje

Sobre población y carencia de alimentos

Una educación para el trabajo

## **X. Industrialización y algunos sectores de la producción**

La revisión del tratado venezolano-americano

En Venezuela no se está haciendo en el presente

Una política básica de industrialización con carbón y acero

La Ley de Alquileres. El problema de la vivienda y la industria de la construcción

## **XI. Crisis e intervención del Estado en la economía**

Caos económico y necesaria intervención del Estado

La intervención del Estado en la economía

La crisis venezolana

La hora del reajuste económico

La recesión económica inminente

La economía venezolana en emergencia

Crisis, marginalidad y otros problemas

Las proposiciones del FMI son indignantes y dolorosas pero inevitables para enfrentar la crisis

Hay que poner orden

La inflación nacional

La inflación

La moneda como enigma

Los remedios para el desempleo

Profecías de lo obvio



---

# Bibliografía

## Otra bibliografía

*De una a otra Venezuela* (1949), Caracas, Monte Ávila Editores, 1996.

*Materiales para la construcción de Venezuela*, Caracas, Ediciones Orinoco, 1959.

*Del hacer y deshacer de Venezuela*, Caracas, Ateneo de Caracas, 1962.

*La palabra compartida. Discursos en el Parlamento (1959-1963)*, Caracas, Pensamiento Vivo, 1964.

*Hacia el humanismo democrático*, Caracas, Frente Nacional Democrático, 1965.

*Petróleo de vida o muerte*, Caracas, Editorial Arte, 1966.

*En busca del nuevo mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

*Educación para Venezuela*, Caracas, Gráficas Unidas, 1981.

*Venezuela en el petróleo*, Caracas, Urbina y Fuente, 1984.

*Medio milenio de Venezuela*, Caracas, Cuadernos Lagoven, 1986.

*El hombre que voy siendo*, Caracas, Monte Ávila, 1986.

*La invención de América mestiza*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.



Este suplemento de la Revista BCV  
se terminó de imprimir en los talleres de  
XXXXXXXXXXXXX  
Caracas, Venezuela  
Diciembre 2006